

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 35 - junio de 2012 - distribución gratuita - www.universocentro.com



4

A pie por Montevideo



6

El album de Andagoya



8

Un tal Alan Smithee



9

Pablo está vivo



14

Inflorescencias rockeras



18

Andanzas del 'gigante de Guayabal'



UNIVERSO CENTRO
Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

—Juan Fernando Ospina

EDITOR

—Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

—Fernando Mora

—Juan Carlos Orrego

—Guillermo Cardona

—Maria Isabel Naranjo

—Alfonso Buitrago

—Ána Lucía Cárdenas

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

—Lyda Estrada

COORDINACIÓN COMERCIAL

—José Alejandro Zuluaga

DISTRIBUCIÓN

—Érika, Sebastián y Gustavo

CORRECCIÓN

—Paca y equipo UC

ASISTENTE

—Érika Acero

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro
Número 35 - junio 2012
15.000 ejemplares
Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



Tim Hamilton de la novela gráfica Fahrenheit 451

Creumar a Bradbury



Ray Bradbury 1920-2012

No siempre el recelo al poder y a la vigilancia dejan algo bueno. Muchas veces no queda sino la paranoia y el prejuicio. Pero siempre hay que arriesgarse a conservar la desconfianza. Es necesario, eso sí, pulirla un poco. Porque puede volverse una lija circular que no reconoce entre el filo y la empuñadura. En el prólogo de una novela gráfica de Fahrenheit 451 —escrito hace algo más de dos años— Bradbury cuenta una anécdota que disparó su energía y multiplicó sus ansias y sus ideas. No venía del otro mundo. Solo de la estación más cercana.

“Sería el año 1950 aquel día en que un amigo y yo salimos a cenar. Algo más tarde, esa misma noche, íbamos andando por la avenida Wilshire cuando a nuestra altura se detuvo un coche patrulla del que se bajó un agente para preguntarnos qué estábamos haciendo.

—Poner un pie delante del otro -le contesté no muy solícito.

El policía siguió interrogándonos, nos preguntó por qué íbamos de peatones, como si el hecho de dar un paseo nocturno nos acercase peligrosamente al límite de la ley. Airado, volví a casa y me puse a escribir un relato titulado «El peatón».

Varias semanas después saqué de paseo literario a mi peatón y se encontró con una chica llamada Clarisse M Clellan. Siete días más tarde había acabado el primer borrador de El bombero, la novela corta que no tardaría en convertirse en Fahrenheit 451.

Pasados los años, al mirar hacia atrás, pensaba que «El peatón» era el verdadero germen de Fahrenheit 451; mi memoria, sin embargo, fallaba. Ahora me doy cuenta de que en mi subconsciente había otros mecanismos activados.

Solo en estos momentos, cincuenta años después de que aquel agente de la Policía de Los Ángeles desafiara mi derecho a ser un peatón, soy capaz de ver las ideas insólitas que surgieron para desempeñar un papel en los relatos, sin que yo fuese consciente al escribirlos.

Escribí un cuento en el que exilian a Marte a todos los grandes autores del género fantástico de la historia, mientras en la Tierra quedan sus libros. Se convertiría en un relato titulado «Los exilios».

Y escribí otro cuento, «Usher II», en el que el protagonista, un escritor de relatos de fantasía, se siente rechazado por los intelectuales de la Tierra, que se mofan de lo grotesco de los cuentos de Edgar Allan Poe y de autores similares.

Unos años antes publiqué otra novela corta titulada Pilar de fuego en la que un muerto se levanta de su tumba para revivir las extrañas vidas de Drácula y el monstruo de Frankenstein.

Aunque todas estas historias cayeron en el olvido cuando escribí Fahrenheit 451, siguen ahí, en alguna parte, filtrándose en mi subconsciente”.

Antes de su viaje final, Bradbury dio a Fabián W. Waintal una entrevista que recuerda que los viajes de ciencia ficción también van hacia el pasado. La foto que acompaña el interrogatorio es del otro mundo. Las respuestas del joven al que inspiraba una requisa policial sorprenden por decir lo menos.

“¿Podrá encontrarse la cura del sida o vendrá otra enfermedad devastadora?

Tenemos que empezar a comportarnos como es debido. El sida apareció por las actividades sexuales de los últimos 40 años. Pensábamos que podíamos controlarlo todo y no podemos. Los hombres, todos, pensamos que podemos conquistar todo sexualmente, pero no es posible.

¿Cambiará el sentido de la familia? Hoy la familia no existe en Estados Unidos y se tiene que volver a darle el sentido que se merece.

En Latinoamérica la familia está más intacta y podemos usar los valores hispanos como un ejemplo en Estados Unidos. Tiene que cambiar. Así no podemos seguir.

¿El divorcio seguirá creciendo? ¿Habrá más padres solteros?

Eso también tiene que cambiar. Los hijos necesitan del padre y la madre, de una familia”.

Al menos América Latina parece ser el futuro. Aunque cada vez haya más galpones que truenan bajo una misma voz: “alabaré, alabaré, alabaré...”. Pero Bradbury se desquita, porque además de la camándula tenía la cabeza bien puesta.

“¿Nos inclinaremos más hacia la naturaleza o hacia la realidad virtual?

Hace un tiempo me encontré con gente de cine, de efectos especiales, y me mostraron todo sobre la realidad virtual. Son como los fuegos artificiales. A todos nos gustan los fuegos artificiales, pero cuando se terminan, el cielo queda vacío.

¿Cree que los encuentros cercanos del tercer tipo serán algo común en 2025?

Nosotros vamos a ir al espacio a buscarlos. Nadie va a venir aquí.

Hace treinta años nadie hubiera dicho que el comunismo iba a morir como un sistema que no funciona. ¿Pasará lo mismo con el capitalismo?”

No, porque el capitalismo es más saludable. Funciona. Es lo que permite que los hombres creen el futuro en sus garajes. Apple Computers fue creado por Steve Jobs y Wozniak en su garaje. En el 39, Von Karman y otros inventaron el JPL para ir a la Luna y Saturno, también en un garaje y con estudiantes. Eso no se puede lograr con regímenes totalitarios”.

El peligro es abandonar la desconfianza. Y dejarla sola, porque si no tiene tres ideas detrás se convierte en rabia y automatismo. Una cosa es la chispa y otra es el fuego. ☞



La mujer que quiso ser presidente

por NICO VERBEEK

Ilustración: Cano

Corría el mes de junio de 1996 y las noticias en Colombia giraban alrededor del Proceso 8.000. Los debates sobre el ingreso de dineros de la mafia en la campaña del presidente Ernesto Samper estaban al rojo vivo y eran transmitidos en directo por televisión. Yo había llegado al país en abril de ese año y apenas me estaba enterando de todo lo que pasaba alrededor de la política en Colombia.

El debate me dejó fascinado y no me quise perder una sola transmisión. Era como un duelo entre los buenos y los malos. Por un lado Martha Catalina Daniels, representante del lado oscuro de la política colombiana, conocida como política clientelista y corrupta, defendía al presidente Ernesto Samper; y al otro lado Ingrid Betancourt, que atacaba ferocemente al presidente, no dejaba titer con cabeza y parecía pertenecer a una escasa especie de política que se atrevía a decir la verdad sobre las mentiras.

Sin embargo, después de ese comienzo promisorio la carrera política de Ingrid no despegaba. Según sus compañeros en el Congreso era una parlamentaria competente, pero siempre andaba buscando polémica porque quería llamar la atención a como diera lugar. Tampoco le interesaba mucho tener un programa político o posiciones ideológicas claras, y estaba más preocupada por su imagen pública.

No obstante, la mujer quiso ser presidente, y no ahorró fuerzas y medios para lograrlo. Hasta publicó un libro, La rabia en el corazón, que dizque era una autobiografía y debía ser la base para conquistar la presidencia; por lo menos, eso decían los asesores franceses con quienes se había aliado para lograr tal fin.

Si bien es cierto que el libro se convirtió en un gran éxito en Europa, en Colombia la recepción fue muy distinta y solo logró cosechar reacciones negativas. La campaña iba hacia un fracaso

rotundo, y en su desespero por darle un poco de aire viajó a San Vicente del Caguán, advertida hasta el cansancio de los peligros que tenía la aventura por la recién terminada zona de distensión. Ocurrió lo inevitable y ella fue secuestrada junto con su jefe de campaña Clara Rojas.

En julio de 2008, Betancourt fue liberada en la Operación Jaque y, a pesar de la alegría inicial, logró agitar los ánimos de nuevo con su decisión de partir a Francia, donde se sentía “en su casa” y donde, decía, debía ir para agradecer su libertad.

Las reacciones en Colombia no se hicieron esperar, y en menos de quince días (Betancourt tampoco quiso participar en la marcha contra el secuestro el 20 de julio) la opinión pública de Colombia se volcó en su contra. Sin embargo, en Francia y el resto del mundo se convirtió desde entonces en una heroína, un ícono.

¿Cómo explicar esta paradoja? Decidí ir a buscar la respuesta y escribir un libro sobre ese personaje polémico pero fascinante. Pensé que estaba en condiciones ventajosas para emprender esa tarea. Por un lado, yo también soy extranjero, y podía entender mejor las razones por las cuales los extranjeros la habían convertido en la Juana de Arco de los Andes; y por el otro, llevo muchos años en Colombia, conozco la idiosincrasia del país, y además tenía todas las oportunidades para investigar su pasado. Así arrancó mi viaje que era el viaje de descubrimiento para encontrar a “la verdadera” Ingrid Betancourt.

El siguiente fragmento narra el momento en que por primera vez empezó a tambalear la imagen que tenía de Betancourt. Quería entrevistarme con el exfiscal Alfonso Valdivieso en el Congreso de la República, donde tuvo lugar un encuentro fortuito con un personaje misterioso que involuntariamente me dio algunas pistas.

“Al fondo de la sala observé a un hombre de baja estatura, llevaba bigote, cabello ondulado y corto e iba vestido con un impecable traje color gris. Era Alfonso Valdivieso que, sentado a una de las mesas, dialogaba con otro periodista. Sobre la mesa había dos tazas de café y una pequeña grabadora. Todo lo que tenía que hacer ahora era esperar a que terminara y entonces tendría mi primera entrevista!

Cerca había una mesa desocupada y decidí esperar allí tranquilamente a que llegara mi turno de hablar con el fiscal. Después de tomar asiento, una mujer, impecablemente vestida con un uniforme de color azul claro y una bandeja en la mano, se me acercó para ofrecerm una taza de café y un vaso de agua. Acepté el café y le di las gracias. Acababa de retirarse cuando apareció de la nada un hombre que se acercó a mi mesa.

Era una figura bastante peculiar y llamativa, por decir lo menos. Un hombre fornido que vestía un ajado traje y llevaba una corbata verde sujeta con un pisacorbatas amarillo, azul y rojo. Tenía el cabello cano, largo, y llevaba unas grandes gafas de montura gruesa. Me tendió la mano y se presentó como Edward Blair. Yo, a mi vez, vacilante le di la mano. Parecía conocer bien el teje maneje de la sala de prensa y se tomó la libertad de sentarse enfrente mío. Hizo una seña con la mano a la señora para pedirle un café. Me di cuenta que, en un principio, la mujer trató de evitar su mirada, no obstante, finalmente terminó por servirle lo que pedía.

Blair puso sobre la mesa una especie de carpeta. De ella sacó lo que parecía ser un folleto o algo por el estilo. Al observarlo mejor, vi que se trataba de un tarjetón electoral, con números, nombres y las fotos de los candidatos a la presidencia. En las fotos logré distinguir algunos rostros conocidos: Noemí Sanín, Andrés Pastrana, Horacio Serpa, y al lado de cada uno de ellos la foto de su candidato a la vicepresidencia. Había también algunas parejas, unas cinco, que yo desconocía.

—Las elecciones de 1998 —dijo el hombre con un aire de orgullo en su voz.— ¿Cuántos candidatos hubo ese año? —le pregunté asombrado.

El hombre no respondió. En su lugar señaló con el dedo a una pareja que yo desconocía por completo.

—Fue la segunda vez que participé en las elecciones —me dijo en tono solemne.

Yo sabía que era usual que en todas las elecciones para presidente, además de los candidatos de los partidos tradicionales, se presentaran a competir personajes que no tenían ninguna perspectiva, y al parecer, uno de esos “locos” estaba sentado a mi mesa.

Deslizó el tarjetón hacia mí, al parecer quería obsequiármelo.

—Es un documento histórico —susurró misteriosamente.

Me di vuelta a un momento y noté que Valdivieso aún estaba hablando con el periodista.

Quiso depurar la política, se enfrentó a la mafia y a la corrupta camarilla del Partido Liberal, especialmente a Ernesto Samper, quien libraba una discutida carrera con su opositor político Andrés Pastrana...”

—¿Y Ingrid Betancourt? —le pregunté inmediatamente.

Mi pregunta no pareció sorprenderle en absoluto.

—¿Betancourt? Conozco a su madre... Conozco a toda su familia. Sí, su familia es muy conocida en Bogotá... Pero... Esa siempre ha andado con el escándalo pegado al trasero.

—¿Escándalos? ¿Cómo así? ¿Acaso ella no estaba en contra de Samper y de la infiltración del narcotráfico en la política?

—Al comienzo de su carrera, Betancourt tenía un apodo... ¿Sabe cómo la llamaban?

¡BetancOLT!
Yo lo miré con asombro.
—¿Qué quiere decir Betancolt?
—Colt es el nombre de una marca de armas, un fabricante de armas norteamericano. También tenía otro apodo... INGRAM Betancourt.

Edward Blair cayó en un silencio elocuente.

—INGRAM es también el nombre de una marca de armas, spongo.

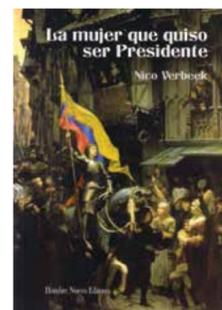
Pero Blair parecía haber perdido súbitamente el interés en el tema de Betancourt. Miró a su alrededor como si buscara a alguien. Tomó de nuevo la carpeta que había puesto sobre la mesa, sacó de ella una tarjeta de presentación y me la entregó ceremoniosamente.

—Debo darme prisa, pero llámeme si quiere, mi número está en la tarjeta.

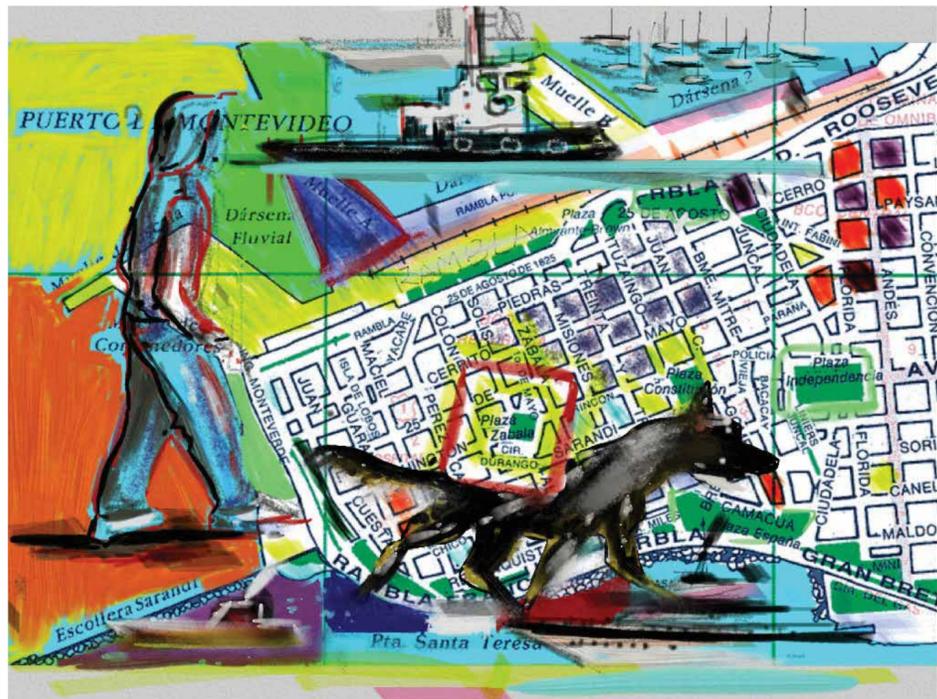
Apuró el resto del café, se puso de pie y me tendió la mano para despedirse.

Yo seguí allí sentado, como aturrido. Sin habérmelo propuesto disponía de información sobre Ingrid Betancourt. Una información que difería totalmente de lo que yo esperaba. ¿Qué tendría que ver ella con esos escándalos? ¿No era justamente ella la que siempre había acusado a la corrupción? ¡No podía imaginármelo! ¿Debió creer en las palabras del primer loco que se me apareciera en el camino?

Estaba tan absorto en mis pensamientos que cuando me di vuelta ya era demasiado tarde. ¡Alfonso Valdivieso había desaparecido! Lo busqué por toda la sala con la mirada, pero ya no estaba...” ☞



* Fragmento de *La mujer que quiso ser presidente*, de Nico Verbeek, publicado por *Hombre Nuevo Editores*, 2012, con prólogo de José Guillermo (Memo) Anjel.



A pie por Montevideo

por JOAQUÍN BOTERO

Ilustración: Cachorro

Montevideo me hizo llover dos horas después de haber llegado. Quizás solo por la belleza de sus edificaciones y parques, y del malecón junto a esa mezcla del Río de La Plata y el mar. En el ocaso le sumo sus gentes tranquilas, sin el acelerar de las de Buenos Aires, de donde venía, ni de Nueva York, donde vivo. Pero lo de Montevideo fue distinto: fue ver su simpleza, su pequeñez, verla congelada en el tiempo. La emoción aumenta si le sumo a la foto las gentes singulares que cargan un termo de agua caliente bajo el brazo y el pocillo con mate en la mano; sus gentes sosegadas, que mezclan el vos con el tú como en Medellín.

Si el viajero llega al terminal de buses Tres Cruces, camina tres cuadras hasta la céntrica Avenida 18 de Junio y luego se dirige hasta la punta de la pequeña península que es llamada Ciudad Vieja, se podrá dar por bien servido. Luego hay ramblas en cualquiera de las dos direcciones. Hubo un sector grande, residencial, de esta ciudad de alrededor de un millón y medio de habitantes que nunca vi. "Ya pasó", como dicen allá en el Cono Sur. Pero el pasado no se puede pasar. Luego vi en Internet que sí había algunos edificios altos y modernos. No me importó. Así cubrí casi todo lo más fotogénico de la Ciudad Vieja: los parques, el viejo puerto y los paseos marítimos. La ciudad fue conservada como pudo haber sido hace cincuenta, cien o ciento cincuenta años. Y eso está bien. Y hace reflexionar acerca de las malas decisiones de los remotos gobernantes de algunas ciudades que conozco, donde destru-

yeron y volvieron a construir edificaciones acaso solo prácticas. ¿Por qué no salvaron un poco, o mucho más, su patrimonio?

El nombre de las vías montevidéanas habla un poco de la historia o de las simpatías. Hay ramblas Italia, Argentina, Franklin D. Roosevelt; calles Nueva York, Palermo, Galicia, Carlos Gardel; Parque José E. Rodó, por el célebre ensayista; bulevar Artigas, por su máximo prócer. Y el que tuvo que ver con la historia y no se nombra, o fue borrado en su momento, pues quedó fuera del *google map*.

Decidí alojarme en un hostel en la calle Canelones. Era la mitad de la semana y había poca gente. Me llamaron la atención un par de chicas londinenses que habían vivido la experiencia más maravillosa de sus vidas: habían permanecido una semana en un rancho sin nada eléctrico ni electrónico, donde hacían labores de agricultura y ayudaban con el ganado. También hablé con una pareja canadiense y sus dos hijas preadolescentes. Habían dejado sus trabajos y escuelas por tres meses, e iban de vueltón por Suramérica, de pueblo en pueblo, como un curso de otoño para todos: en el idioma, la cultura y las costumbres. Estaban en una buena escala y de a poco seguían hacia el norte, siempre cerca del mar.

En la punta de la Ciudad Vieja hay una zona de restaurantes y bares finos. La zona rosa, como la llaman en otras latitudes, no abarca más que una manzana de calles peatonales y adoquinadas. Se venden cervezas europeas y tragos raros, y hay bandas que complacen a la concurrencia, turistas en su mayoría. Se ven británicos, nórdicos y alemanes, y los nuevos pudientes de Suramérica: los brasileños. Las bandas cantan por igual covers de canciones en español, inglés y portugués.

— OTROS CENTROS



A tres cuadras de allí está la rumba de los jóvenes, los nativos y los mochileros europeos, muy cerca de la rambla Francia. Adentro, con fútbol en silencio, la Copa Libertadores; afuera, mesas y mucha gente de pie, y hasta hippies locales que venden artesanías y libros de segunda. Algo así como un Carlos E. Restrepo, o un Guanábano, o una plazoleta de pueblo en la que la gente puede tomar licor en la calle y escuchar el agua que choca contra la escollera.

Montevideo y Uruguay son tan pequeños que la posibilidad de sacar provecho de sus celebridades se agota rápido; en los avisos se ven los héroes del fútbol: Forlán, Suárez y Lugano. En cuanto a famosos del espectáculo, el personaje más ubicuo es la actriz y cantante Natalia Oreiro, imagen de bancos y productos de belleza. Por ahí se ve un poco al actor Daniel Hendler y al ganador del Oscar a mejor compositor, el músico Jorge Drexler. Lo divertido es que todos se ganan la vida en Argentina, y Drexler también un poco en España. Les queda pequeño su país; como si Uruguay fuera una región independiente de Argentina, pero a la postre la movida estuviera en Buenos Aires y allí debieran ir los famosos a ganarse el pan... para la carne.

Hablando de carne, la comida popular más famosa tiene el extraño nombre de Chivito. Es un sándwich de carne de res con tomate y lechuga, mayonesa y salsa de tomate. Papitas a la francesa al lado. Nada del otro mundo, pero es famoso. A la gente le gusta su Chivito "Yoruga"; este es un gentilicio con que llaman a los uruguayos.

Recomiendo al transeúnte que si escucha un acento conocido nunca pregunte: ¿So argentino? Mejor: ¿De dónde sos? Coexisten cómodamente estos dos hermanos rioplatenses, pero es mejor diferenciarlos.

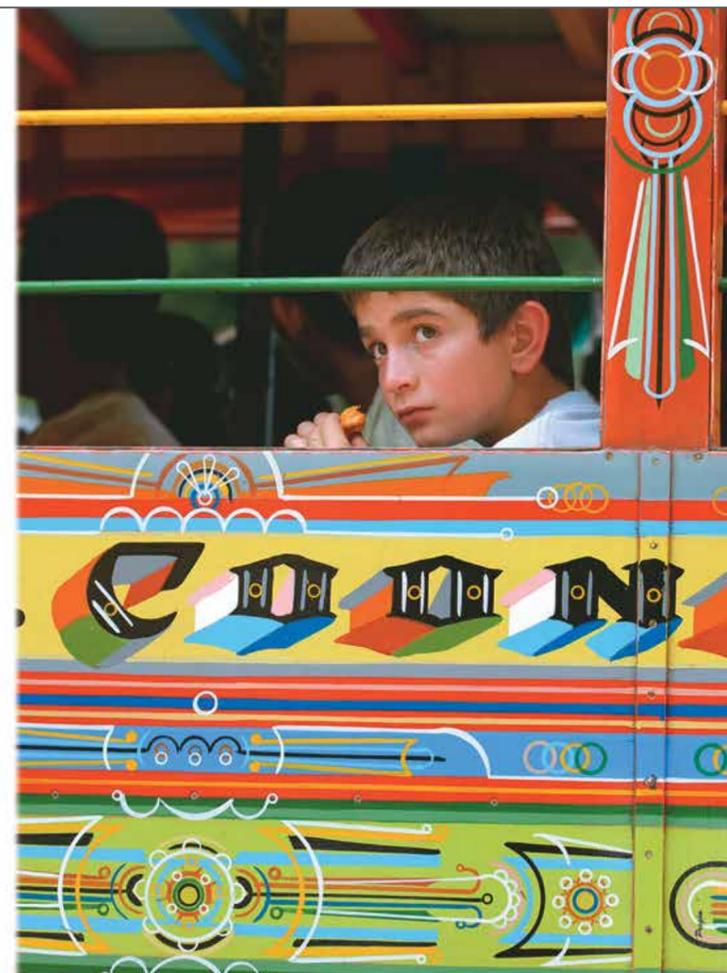
Hubiera querido recorrer más Montevideo, pero mi meta era conocer casi todo el sur del país e ir a la playa más clarita, o sea donde es más mar que río.

Los parques tienen sus estatuas, sus héroes sobre caballos. Allí y en las ramblas se sientan los montevidéanos con sus bebidas de mate. Los mitos urbanos dicen que son melancólicos, como en los poemas de Mario Benedetti. Yo de poesía, pocón pocón; a la poesía no le como cuento. Según los economistas, a los que sí les creo, la ciudad tiene los estándares de vida más altos de Latinoamérica. Dejemos pues la tristeza si se sabe combatir la pobreza. La gente es amable y serena. No son brasileños ni caribeños gritones y fiesteros, ni sonrisantes de tiempo completo. Sí, quizás la belleza de la arquitectura y del río/mar entristezca a la gente, que envejece en una ciudad aferrada al pasado. Pues yo preferiría quedarme en un parque antiguo o frente al agua, en vez de alienado en una autopista virtual.

Porque la vida entra en las palabras como el mar en un barco, cubre de tiempo el nombre de las cosas y lleva a la raíz de un adjetivo el cielo de una fecha, el balcón de una casa, la luz de una ciudad reflejada en un río.

Luis García Montero
(Granada 1958)

Porque el futuro es confiar



TEATRO PABLO TOBÓN URIBE
PRESENTA DESDE ARGENTINA



ESCALANDRUM

Homenaje de Daniel "Pipi" Piazzolla a su abuelo Astor Piazzolla en su aniversario número 20

JULIO
LUNES
30
2012
8:00p.m.

Informes: 239 75 00





El álbum de Andagoya

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Fotografías del álbum familiar



En la lenta agonía de mi madre, papá y yo nos pusimos a ver las fotos de la familia. Mi atención recayó en algunas que lo mostraban a sus veinteaños, con el pelo al rape, sonriente, en una playa de la Guajira, rodeado de unas mulatas de actitud querendona. “Esa es Celina -me dijo- la que tiene los brazos abiertos”. Está haciendo equilibrio encima de los hombros de él, tiene los ojos diminutos, una medialuna por sonrisa y el cuerpo esbelto de los veinte años. Debería haber una forma de nombrar a la mujer que iba a ser la esposa de tu padre, pero tu madre se interpuso. Siento que hay un extraño parentesco entre ella y yo. Las fotos describen la época en que papá salió de casa a andar mundo. Iban a emprender una larga travesía, junto con otros funcionarios del Ministerio de Salud, por el desierto guajiro, pero la camioneta se varó antes de que empezaran la misión de vacunación. El daño era grave y el repuesto para el vehicu-

playa, no hacíamos nada aparte de esperar el repuesto. Mis compañeros y yo conseguimos novia. Cuando salíamos o llegábamos, ella nos daba la bendición con el mismo afecto y la misma devoción con que se la daba a los suyos”. Eran días plácidos que ellos vivían como unas vacaciones, después de haber sufrido las adversidades de la selva chocona. Allí, en la cuenca alta del Río San Juan, era donde todo había comenzado. Fue a finales de los años cincuenta, mientras el país soportaba otro ramalazo de una de las tantas violencias. Por esos días los extranjeros de la Chocó Pacífico escarbaban con sus dragas hasta el último pedrusco del lecho del Río San Juan para extraer el oro. Entonces José Iván Mora, mi padre, Manuel López y Elías Trujillo fueron destinados allí para una misión que buscaba erradicar una enfermedad tropical, el *polypapilloma tropicum*, más conocido como pian. La expedición debía remontar las aguas del Pacífico y luego navegar por el delta

del río a bordo del Tamaná hasta Puerto España. Una vez atracaran en ese sitio, se repartirían las chalupas en grupos de tres para disgregarse luego por la espesura, con el fin de vacunar hasta el último nativo infectado por el mal. Durante esas décadas, vastas regiones del planeta, en las zonas ecuatoriales, estaban afectadas por el pian. La enfermedad, producida por una bacteria de la familia de las espiroquetas, empieza como una mancha de hongo color frambuesa que tiende a ulcerarse y luego provoca malformaciones similares a las de la lepra. Una sola inyección de penicilina es suficiente para combatirla. Sin embargo, el equipo que andaba con mi padre encontraba fuerte resistencia a dejarse vacunar, sobre todo en los tambos indígenas de la comunidad Waunana.

Después del desembarco en Puerto España, Mora, López y Trujillo navegaron en una chalupa con rumbo noroeste, en dirección a Andagoya. La visión de los manglares, esos laberintos de agua con islas de raíces colgantes, fue el inicio de un largo recorrido por el delta conocido como Siete Bocas. Los equipos de salud estaban conformados por tres hombres y un bote: el enfermero jefe, el asistente y el boga, que hacía las veces de cocinero. Apenas ponían pies en tierra, cerca de un tambo, preguntaban si había entre ellos alguno con manchas raras debajo de los pies. Si la respuesta era afirmativa debían inyectar la medicina a todos los habitantes en dos kilómetros a la redonda. Establecían un campamento provisional o se alojaban en algún bohío mientras cumplían con su trabajo. Dormían en colchones inflables, los mismos que utilizaban, por si acaso, en el agua, como salvavidas.

“Apenas llegábamos a un tambo de cholos -dice mi padre- toda la familia huía despavorida a esconderse en la selva. En el mismo rancho vivían el padre, la madre y los hijos casados, con sus esposas. Era increíble como, después de que pisábamos su espacio, en segundos ya no había nadie allí dentro”. El boga, que sabía algo de la lengua emberá, se internaba en la maleza y los convencía de que la medicina blanca los iba a aliviar. En alguna ocasión les dijo que en cada ampolleta nadaba un espíritu bueno que los ayudaba a acabar con el espíritu maligno que les había producido aquellas malformaciones. Toda la familia iba regresando en silencio a su morada y accedía a dejar que los buenos espíritus entraran a sus cuerpos por medio de una aguja. Así, el equipo podía tardar más tiempo convenciendo a los hombres de las riveras que aplicando la dosis para acabar con la bacteria.

Cuando llegaron a Andagoya se maravillaron de la prosperidad inusual de ese pueblo en medio de la manigua. Se debía a que los gringos de la compañía del oro, la Chocó-Pacífico, habían sentido sus reales justamente en ese sitio, donde el río San Juan se cruza con el Condoto. Los *bungalows* de los extranjeros estaban acondicionados con todas las comodidades de aquel entonces, incluida la luz eléctrica que compartían con cicatería con los raizales. Al frente del pueblo de Andagoya, como se sabe, había un caserío todo lo contrario del anterior, deprimido y miserable, pero lleno de atractivos femeninos para los colonos, e incluso para los nativos de la zona; se llama aún Andagoyita. Papá recuerda que en las calles de aquella aldea había niños de todos los colores. Esos dos pueblos eran conocidos como Sodoma y Gomorra. Los extranjeros eran como los seres del cielo que en la Biblia bajan a esas ciudades a aparearse con los naturales.

Por las noches, ya que había bailes en Andagoyita, mi padre y su amigo Manuel cruzaban el río en una canoa, y regresaban muy tarde a dormir otra vez en Andagoya. Imagino las proezas de esos



enfermeros para sostenerse en pie, como Malcolm Lowry cuando cruzaba el Canal de Panamá, jincho de la perra. No recuerdo que él haya sido muy afecto al licor, pero me cuenta que en Andagoyita corría el Platino a chorros, se refiere al aguardiente chocono que lleva ese nombre. Los nativos también bebían un trago de alambique casero conocido como *viche*, hecho con caña de azúcar verde, que le otorga un sabor privilegiado, muy distinto al de los demás aguardientes. En las *vicherías* donde se vendía era común ver a muchos nativos contando sus historias en un ambiente de jovialidad y picardía. Cuando regresaban al campamento de Andagoya recibían la reprimenda de Trujillo, el otro compañero de la expedición. Para este hombre, cruzar a bailar con las negras de Andagoyita era una especie de viaje a los infiernos, que manchaba la reputación de unos funcionarios oficiales en servicio y ponía en entredicho su moral y sus buenas costumbres. Como una ironía, los hados terminarían por jugarle la más pesada broma.

Según mi padre, las costumbres de Andagoyita causaban impresión en las gentes que venían de otros lados del país. Las casas no tenían paredes hasta arriba, de modo que cualquiera podía ver lo que estaba ocurriendo de puertas para dentro. Era frecuente, según dice, que un nativo descubriera a su mujer en coyunda con otro del pueblo. Pero en lugar de armar alboroto o reaccionar con la ira del macho celoso, el marido ofendido iba a la casa de la mujer del adúltero, le contaba lo sucedido y terminaban arreglando el desaire, a todo dar, en la cama. Las mujeres daban a luz año tras año, y empezó a suceder en aquel caserío que ya nadie sabía con certeza quién era su padre.

La campaña antiplánica se prolongó durante dos largos años por las orillas del Río San Juan y sus afluentes. Como viajaban en chalupas a contracorriente, debían navegar con precaución para no chocar contra los árboles gigantes que las tormentas habían descuajado y que bajaban con la velocidad de bólidos. El impacto de uno de ellos podía ser fatal. A veces los bogas piloteaban con la resaca todavía a cuestas, en una actitud adormilada y a la vez confiada, que provocaba en el personal médico un terror parecido al vértigo de una montaña rusa. El sopor de la selva, la humedad y las altas temperaturas, entreveradas con tormentas y lluvias sin fin, no eran el ambiente más propicio para quienes no eran oriundos de esas tierras. En vez de tomar tiamina para alejar a los mosquitos de la fiebre amarilla, muchos enfermeros se aficionaron al *viche* como el mejor antídoto contra los efectos malsanos del trópico. No había que consultar el vademécum para aplicarse la dosis.

A pesar de esto último, veo las fotos del equipo, sobre las tablas del muelle, y me sorprende con los atuendos impecables de papá y sus compañeros. Lucen camisas de algodón claro, pantalones de dril caqui y zapatos de calle bien lustrados. De cuclillas, la escuadra posa junto a un barco enorme, el Nóvita, como si se tratara de una tribu de mormones en plena cruzada.

A veces, en los intermedios de las faenas por la selva, estos apóstoles de la penicilina tenían sus momentos de contemplación. Papá cuenta que han llegado a Condoto a abastecerse de víveres y combustible, antes de viajar a Tadó. Está de cuclillas en la orilla, tirando con desgano piedras al río, cuando descubre a una muchacha sentada en otra piedra; se llama Yolanda Rumié. Es una bella siria, hija de un comerciante de Damasco que tiene un almacén de telas en el pueblo. Invita a José Iván a conocer el pequeño imperio de su familia, pero él debe volver al campamento esa misma tarde, subir al bote con las medicinas y enfilar la proa hacia Tadó. Desde allí le envía cartas a la mujer con un boga amigo, pero estas nunca obtienen respuesta. Capear las insolaciones, los mosquitos y las ásperas caricias de la selva, es una rutina fácil de soportar cuando se tiene fiebre de oro, o acaso otra fiebre como la del deseo. Juzgo que varios de ellos debieron sentirse plenos al desviar la mala suerte de un infectado, solo por la gracia de un pinchazo en la piel.

José Iván, su amigo Manuel López y Elías Trujillo regresan a Condoto. Aún con la fatiga del viaje, mi padre va a en busca de Yolanda Rumié, pero se encuentra con todas las cartas atadas por una cinta de ras en el almacén de telas que ya no es de los Rumié. La familia había abandonado el pueblo justo unos días después de que mi padre conociera a la chica de la piedra, de modo que esta nunca pudo leer ni jota de aquellos delirios juveniles.

Expulsados por los turcos de sus tierras, los sirios y palestinos llegaron al Chocó, se dedicaron a la explotación artesanal del oro y a los servicios de transporte a vapor, pero luego fueron desplazados por el monopolio comercial de la Chocó - Pacífico, única empresa autorizada para la minería de aluvión. Es posible que en la época en que mi padre conoció a la Rumié, esta colonia, que había puesto a lucir trajes de sastrer, en plena canícula, a los nativos de Istmina, Condoto y Andagoya, se encontrara vendida a menos, de modo que varias familias se mudaron a Cartagena. La marcha de los colonos de Oriente no impidió que su sangre se mezclara con la de los negros,

así como lo hicieran después los gringos; tanto es así, que existe una palabra, *chombo*, para designar a los choconos de habla inglesa.

Una canción popular de Condoto, *Maquerule*, recuerda la historia de un *chombo* que comerciaba con panadería, mister McDuller. De acuerdo con el relato, eran tantos los viajes que hacía para vender su parva, que en una de esas regresó al pueblo y no encontró a su mujer. El habla chocona deformó el apellido original por *Maquerule*. La tonada repite de modo obsesivo y pícaro los infatunios del hombre.

*Maquerule era un chombo
Panadero en Andagoya
Lo llamaban Maquerule
Se arruinó fiando mogolla.*

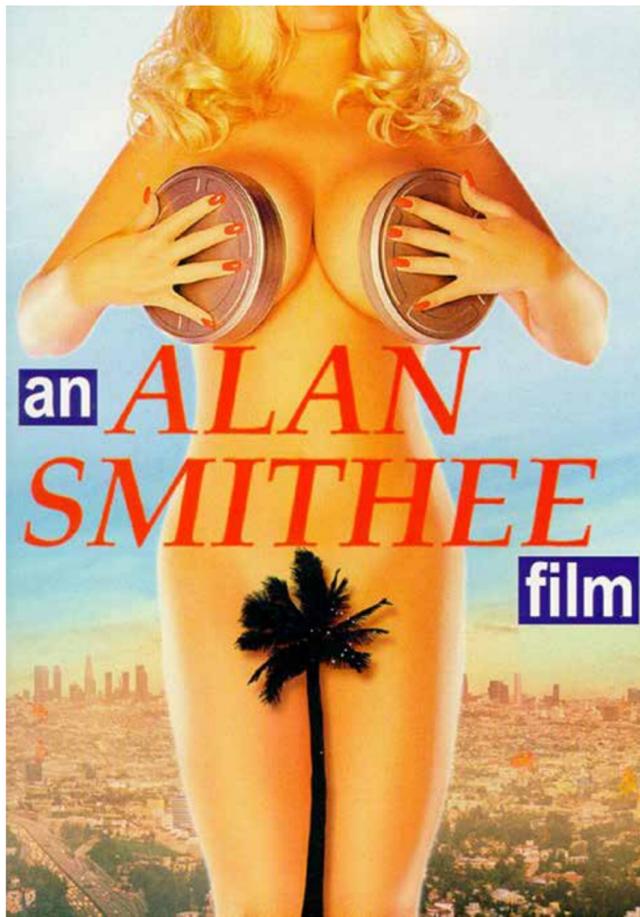
*Póngale la mano al pan, Maquerule,
Póngale la mano al pan, pa que sude.
Pin, pon, pan, Maquerule,
Pin, pan, pun, pa que sude.*

*Maquerule no está aquí,
Maquerule está en Condoto,
Cuando vuelva Maquerule
Su mujer se fue con otro.*

Esta era la música que se bailaba en los quilombos de Andagoyita por la época de la campaña antiplánica. Manuel y José Iván tuvieron tiempo de zapatear otro rato antes de regresar al buque Tamaná, que los llevaría otra vez al Pacífico. En Buenaventura, el jefe de la expedición, Alfonso Sierro, repartió los nuevos frentes de trabajo. Los dos primeros irían a La Guajira, pero Elías Trujillo debía regresar en unos días a Andagoya. El hombre suplicó que no lo mandaran otra vez, no porque repudiara el jolgorio de los lupanares sino porque temía ahogarse cualquier día en alguno de los torren-



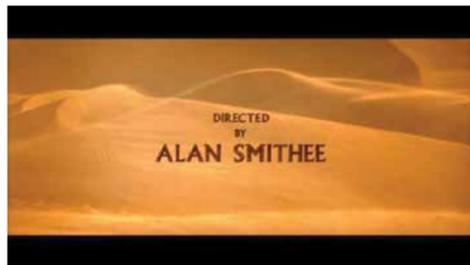
Por las noches, ya que había bailes en Andagoyita, mi padre y su amigo Manuel cruzaban el río en una canoa, y regresaban muy tarde a dormir otra vez en Andagoya.



Un tal Alan Smithee:

El padre de las películas repudiadas

por OSWALDO OSORIO



Se dice que el peor director de la historia del cine —o al menos de Hollywood— fue Ed Wood. No obstante, dejando a un lado sus nefastas películas —que vistas hoy causan cierta fascinación—, en el director de *Glen o Glenda* había pasión y compromiso por lo que hacía y el total convencimiento de que sus películas eran buenas. Por tal razón, ese infausto crédito se lo deberían dar mejor a Alan Smithee, el director de esas películas de las que nadie quiere responsabilizarse y que, por su orfandad, generalmente son productos menores, cuando no peores que los de Ed Wood.

Y es que el señor Smithee no es un director de carne y hueso sino un seudónimo, el cual es usado por los directores que no quieren ser asociados con una película, que si bien dirigieron total o parcialmente, en algún momento se les sa-

lió de las manos y perdieron el control sobre las luces, la cámara y la acción. Aunque el Gremio de Directores de Hollywood no permite el uso de seudónimos, si el afectado en cuestión hace la solicitud y se demuestra que la película que dirigió es muy distinta a la

que se va a exhibir, el Gremio le permite usar el ya institucionalizado seudónimo. Alan Smithee es un anagrama de “The Alias Men” y fue usado por primera vez en la película *Death of a Gunfighter* (1969), en la que el actor Richard Widmark hizo cambiar al director Robert Totten por el cineasta Don Siegel. Al finalizar la cinta, Siegel no la quiso firmar porque Totten había filmado la mayor parte, y éste, obviamente, tampoco lo quiso por haber sido retirado del proyecto. La solución fue inventar un nombre, el mismo que en adelante sería usado cuando se presentara una situación similar. Aunque cabe anotar que ha sido usado con variaciones como Allen Smithee, Alan Smythee o Adam Smithee. Además, en algunas ocasiones ha sido utilizado para otros créditos distintos al de director, como actores, guionistas o vestuaristas.

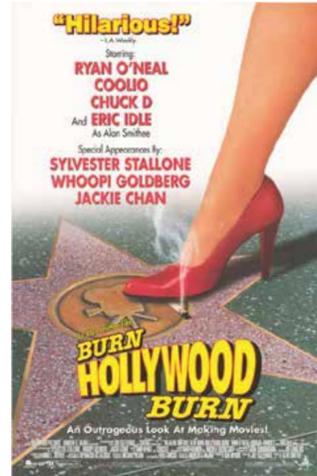
Desde entonces este nombre ha aparecido en los créditos de más de cincuenta películas, series de televisión y video clips, incluso se puede encontrar en producciones rodadas décadas antes de su nacimiento, esto por gracia de las reediciones para video, televisión o para su proyección en los aviones, como ocurrió, por ejemplo, con un filme titulado *The Indiscreet Mrs. Jarvis* (1955), el cual cambió mucho en su copia para VHS en 1992. También le pasó, como a tantas otras, a la célebre *Dune* (David Lynch, 1984) cuando fue mutilada para su emisión televisiva. En ambos casos tuvo que venir el comedido Señor Smithee a firmarlas.

La salida del anonimato de este nombre sucedió en 1998 y está llena de paradojas. Este año se realizó la comedia titulada *Una película de Alan Smithee: arde Hollywood arde*, donde un director llamado Alan Smithee, luego de una serie de adversidades durante un rodaje, decide firmar con seudónimo, pero el que le impone el Gremio de Directores es, por supuesto, Alan Smithee. Este filme fue dirigido por el veterano Arthur Hiller, quien —y esta es la primera paradoja— por diferencias con el productor pidió firmar con el seudónimo que ya sabemos. Es posible que fuera una estrategia publicitaria, pero la película fue tan infortunada que tal vez sea cierto que el director de *Love story* pidió remover su nombre.

Otra paradoja que comienza con esta película es que, desde entonces, se tomó mayor conciencia de este seudónimo por parte del público y la industria, con lo cual se empezó a asociar a malas producciones, o al menos problemáticas, con lo que esto implica en términos de sus balances finales. De hecho, ya para el año 2000, el Gremio de Directores le permite a Walter Hill usar el seudónimo de Thomas Lee para la película *Supernova*. Aún así, hay quienes lo siguen utilizando por fuera de la institucionalidad, ya por tradición o incluso a manera de guiño, como se hizo en el capítulo 138 de *Los Simpsons*.

Todo este asunto a simple vista parece solo una simpática anécdota de las tantas que hay en el excéntrico Hollywood, pero detrás subyace el eterno dilema de la creación, producción y percepción del cine, que es aquel que se desprende de su doble carácter de arte e industria. Usar seudónimos no es una práctica ajena a otras artes, pero es en el cine donde se presenta de esta forma vergonzante en razón de las eternas y frecuentes tensiones que se dan entre el director, quien se asocia normalmente con la vena artística del cine, y el productor, quien se preocupa por el componente industrial, o lo que decían en el viejo Hollywood era el Octavo Arte: hacer dinero con el Séptimo.

En Colombia, como nunca ha habido una industria de cine, esta figura no ha tenido oportunidad de germinar. Lo más cercano en el uso de seudónimos en la cinematografía nacional tiene que ver con deformaciones de un sistema de producción que solo ha podido tener alguna prosperidad cuando el Estado lo subvenciona: Primero, en los años setenta, cuando muchos de los llamados “cortos del sobre precio” eran firmados con un



nombre diferente por aquellos directores que, habiendo ya recibido el máximo de beneficios a que tenía derecho una persona, ponían a un testaferrero para aparecer en los créditos; y segundo, en los años ochenta, cuando en los infaustos tiempos de Focine unos directores fueron embargados porque alguna vez soñaron con hacer una película, pero ese sistema estatal de apoyo, mal diseñado y corrupto, se los cobró inhabilitándolos, por lo que se vieron forzados a firmar con otro nombre para poder trabajar en diferentes cargos de otras producciones.

De manera que si en Hollywood firmar con seudónimo fue un asunto relacionado con preservar el buen nombre de los directores, en Colombia ha sido un asunto de supervivencia, ya por corrupción, para torcer la ley a su favor, o por justicia, para hacerle el quite a una ley inicua. Cualquiera sea el caso, negarle la paternidad a una obra siempre será un asunto traumático, no importa que hacerlo represente una ganancia monetaria o que el hijo repudiado sea un adeleso. Atrás, en la butaca de los sueños, queda la historia planeada como una obra maestra. ☹

Unos dicen que la televisión lo convierte todo en travesuras. Otros que la historia se debe hablar solo en la voz de los libros. El resto que los malos no merecen ser protagonistas de novela. Pero Escobar sin haberse ido está de vuelta. Los mitos se cuidan solos. O no los cuida nadie.

El mito camina solo

por ALONSO SALAZAR JARAMILLO

A mí no me gusta decirle Pablo. De cuenta de Escobar mucha muerte nos invadió, y otra tanta se proyectó sobre el país. Y lo recuerdo como un truhán que afectó nuestra vida y jodió la sociedad. Tuvimos que desafiar sus toques de queda para ir a un concierto de salsa. Pero a mi pesar, a pesar de muchos, Escobar se convirtió en mito. Y como todo mito purifica sus horrores, maximiza sus generosidades y desdibuja el entorno y la historia.

¿Cómo un personaje se hace mito? No hay respuesta. Pero sí se sabe que no es cuestión de que alguien se proponga ser mito, no es una labor que puedan lograr los medios de comunicación. Solo una insondable alma social tiene la capacidad de decir quien entra a ese reino de pocos. Y esa alma social (la de la historia) es injusta, tiende a favorecer a los malvados, a estos genios del mal que saltan los límites.

Los medios de comunicación no lo gran imponer los mitos, aunque vivan de ellos, aunque le devuelvan a la masa el banquete que quiere consumir. Si fuese por el poder mediático muchos buenos personajes enaltecidos podrían ser míticos, pero están en el olvido.

Ahora que se emite la serie de televisión *Escobar, El Patrón del Mal* (basada

en el libro *La Parábola de Pablo* que publicó en el año 2000) me hacen muchas preguntas. Así como respondo por cada palabra de mi libro, no soy responsable de la serie que fue libreteada y producida por Caracol Televisión. Además, definitivamente son dos lenguajes diferentes.

Pero, bueno, me preguntan si es bueno o es malo que se hable de una historia reciente y dolorosa, si no es una manera de motivar a las nuevas generaciones a seguir mal ejemplo, etc. La pregunta viene incluso de personas progresistas y al final escogen la trinchera de no me hablen de eso, nos destruyen la imagen. Yo soy escéptico sobre la capacidad de los medios de moldear comportamientos y estilos de vida. Si lo piensan con calma, pueden entender que todo lo que pasó alrededor de Escobar, su dinamita y su influencia perversa, sucedió antes de libros, documentales y series de TV. Como sociedad, ya nos había sucedido todo lo peor en relación con el narcotráfico, nuestros espíritus estaban maledos sin que existiera la literatura que Héctor Abad llamó La “sicarésca”.

Ahora, todavía no sabemos bien cómo será la serie al final. Empiezan a aparecer personajes que serán definitivos en la perspectiva prometida de mirar esta historia desde el lado de las víctimas. Ojalá muchos ciudadanos vete-

ranos y la mayoría de los mas jóvenes se enteren de los “buenos” y su tenacidad y sus decisiones valerosas. Que reconozcan que nuestra sociedad también está hecha de sangre virtuosa derramada. Por primera vez en una serie de alta sintonía pasarán su historia, y su sacrificio.

“¿Que de todas maneras la audiencia terminará prefiriendo al malo?” Es probable. Eliot Ness y sus intocables son los que son —una de las series mas exitosas de la historia— porque enfrentaban al gánster mítico, a Capone. Incluso en la promoción, Los Intocables posan como gánsters. Estoy seguro de que nadie se vuelve un capo mafioso solo por sufrir por Dillinger en *Enemigo Público*.

Colombia no será mejor o peor, la imagen de Medellín no será mejor o peor, por esta serie. Ambas, Colombia y Medellín, serán mejores y más apreciadas por lo que labremos, por lo que conquistemos como sociedad.

Me parece bien que Escobar se vea de cuerpo entero, con su ignorancia y su incapacidad de conquistar sin dinero, con su analfabetismo funcional; como un hombre que mas allá de su capacidad de matar, por la cual hizo fortuna, cargaba una inmensa precariedad humana. ☹



12/02/93 (de la serie *Finite Games/Infinite Games*) Camilo Restrepo

Pablo está vivo

por JUAN ALBERTO GÓMEZ DUQUE

“En sí misma, toda idea es neutra o debería serlo; pero el hombre la anima, proyecta en ella sus llamas y sus demencias; impura, transformada en creencia, se inserta en el tiempo, adopta figura de suceso: el paso de la lógica a la epilepsia se ha consumado... Así nacen las ideologías, las doctrinas y las farsas sangrientas.”

Ciorán

Alguien me dijo que Pablo Escobar está vivo. Me contó que él mismo lo había visto hace unos años en Envigado abrazando al El Osito en un apretón fraterno. El Osito no era de peluche sino su hermano al que le colgaron tan tierno alias. Seguro por velludo, no por su ternura.

Pablo se resiste a morir. Tal vez por sus millones, que prometían pagar la deuda externa de Colombia, muchos no pueden concebir que no pudiese pagar por la pantomima de su muerte para seguir orondo en el mundo. Una panza zarandeada en un techo bajo una hirsuta barba encostrada de sangre no logra ni remota concordancia con la imagen del capo de ojos pequeños y mirada serena. Por eso se empeñan en imaginarlo retirado, ahora sí tiernamente, en una finquita sencilla; no vaya a ser que los lujos lo delaten. O por ahí repartiendo plata a los pobres; pero sólo a los discretos.

A Pablo le endilgan todas las virtudes de la astucia; de los pactos naturales y sobrenaturales. También a Augusto Zuluaga, alias Palizada, el guerrillero más legendario de San Luis. El mismo que sabía convertirse en árbol, disolverse en humo o introducirse en el cuerpo de una tatabra para

huir del cerco impuesto por el ejército. Aún hoy nadie puede creer que lo mató un policía trasnochador que lo sorprendió borracho en un bar del barrio Guayaquil en Medellín. ¿Pero quién puede imaginar tirado en el suelo de una cantina, espesa de olor a orines, cerveza y cigarrillo, al que se deslizaba por los montes como la sombra de un jaguar?

Al Boquinche, el paramilitar que le ganó una apuesta en el río Dormilón a un sargento del ejército por destrozar de un balazo un reloj de pulsera desde doce metros de distancia, lo fue a ver todo el pueblo en su velorio. Y algunos salían diciendo que ese cuerpo lleno de tiros no podía ser el de El Boquinche, pese a que lo velaron en su casa y que su papá, indignado, sacó a empellones a muchos curiosos mientras les gritaba: “¿querían ver si está muerto? ¡Pues ahí lo tienen, parranda de chismosos!”.

Pablo, Boquinche y Palizada son encarnaciones del mito del bandolero inmortal. Están vivos, es cierto. Aún más: ejercen la fascinación del mal. Como chicos expiatorios de nuestras propias claudicaciones y terrores, los convertimos en corderos de nuestra perversión. Hay que mantenerlos vivos para que, así sea en una acción imaginada, se sigan ocupando del sucio trabajo que nuestras mentes se empeñan en urdir. Porque Dios, siendo una aspiración y un ideal, también se nos antoja distante a nuestra naturaleza. Porque, al decir de Ciorán: “¿Quién se reconoce en esa mezcla fragante de agua de rosas re-

legada en la trascendencia? Un ser sin doblez carece de profundidad y de misterio; no esconde nada. Sólo la impureza es signo de realidad”.

Siendo honestos, en ninguna persona confluye el mal absoluto ni el bien absoluto; y es probable que haya más cosas en común entre Teresa de Calcuta y Pablo. Por ejemplo: el sentido mesiánico que atribuían a sus vidas. Las vidas de los santos nos hablan con frecuencia de seres depravados que se elevan desde el fango a los altares. Ambas son una pasión profética. Bastaba ver los ojos de Carlos Castañeda para vislumbrar el asunto. Tal vez nos privaron de un potencial santo.

La pasión por el bien, o por lo que creemos que es el bien, se puede volver tan excluyente, intolerante e infame como la pasión por el mal. Se confunden. Con frases como: “Los buenos somos más” o “Quien no vive para servir, no sirve para vivir” o la famosa trinidad del trabajar, se han justificado y se justifican estigmas y muerte. O digamos mejor: limpiezas.

Estimo que si la verdad existe, no existe como discurso. Pero se sigue creyendo que es así. La vida, volátil y variopinta, seguirá fluyendo pese a las mentes que prefieren montar caballos de paso y acariciarlos en los establos a contemplar el centelleo libre de los potros salvajes en las praderas.

Pablo, Palizada y Boquinche siguen vivos porque sus genes flotan como esporas y los respiramos los buenos que somos más. ☹



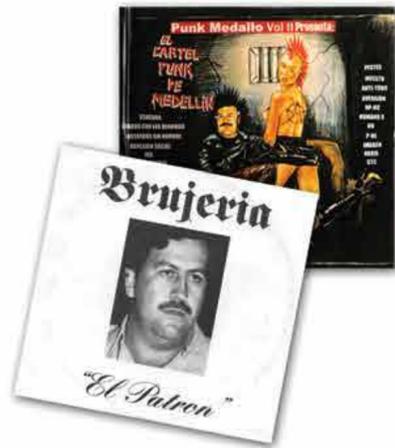


Cédula de Ciudadanía: la vuelta se la hizo un primo político (Jose).

Plastificada \$5



El cartel original: \$ 1'000.000.000



Discos Brujeria y El Cartel Punk de Medellín (2 X 1): \$ 20.000



Cartel Save Pablo's hippo: \$ Informes Corantioquia y Cuarta Brigada.



La muerte de Pablo Escobar de Fernando Botero: \$ 2 caletas o un ojo de la cara.



Fin de semana Magdalena Miedo: Plan familiar \$ 45.000 noche. Plan grillas \$ 90.000

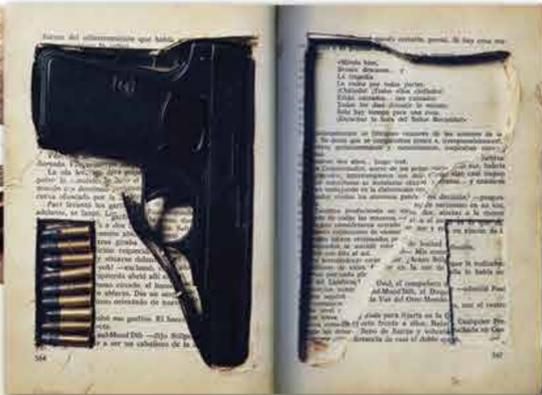


Tarjeta cumpleaños casi obituario: \$ no tiene precio.

Conjuro de bolsillo para el día de la muerte: \$ 3 plomos.



La mula fiel modelo 79' (Twingo de la época): \$ 182.300



Lectura de cabecera: Dune de Frank Herbert (incluye munición y libro): \$ 1.000.000



Catálogo ESCOBART

Dibujado por los grandes, descrito por amigos y enemigos a muerte, impreso por los varados, perseguido por los traficantes de cartas, fotos y anécdotas. Escobar dejó una pequeña industria a su alrededor. Muestra cocinada en nuestro laboratorio.



Plato conmemorativo. De acá comieron todos: \$ 3.500 corrientazo en el Parque de Bolívar

Combo pinta lavaperros: \$12 tamales



Campaña Pablo presidente: \$ 8.000

Graffiti El mal paga: \$ voluntariado

Mural New horizons: \$ la ambición de un visionario.

Dedicatoria toro, corrida Medellín sin turgios 1983. Rejoneadores: Alberto Uribe Sierra, Fabio Ochoa, Dayro Chica o Andrés Vélez. \$ dos orejas y rabo



12-02-93 Pintura Ethel Gilmour: \$ 50.000.000 aprox.

Utilidades por capítulo de Pablo Escobar, el patrón del mal: \$ 143.000.000

Pablo en Commerce Esteban Zapata \$ 100.000



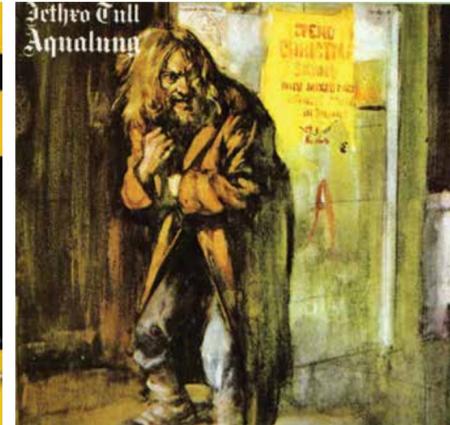
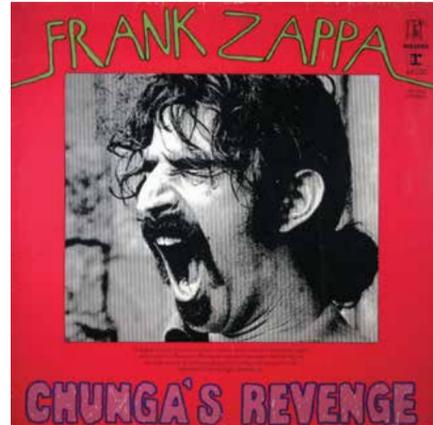
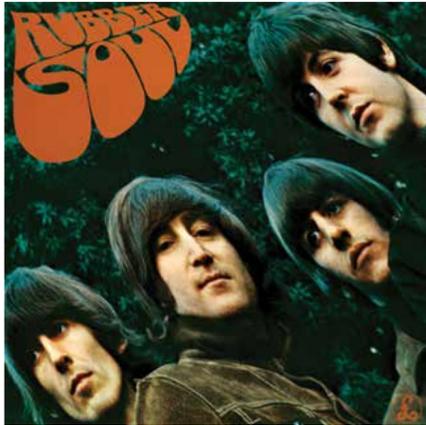
Tombar la extradición: \$ una asamblea constituyente



Entender que era humano: \$ una vida



Marcela Cárdenas
DE LA SERIE "ESTUDIO PARA PERFORAR UNA ZORRA"
GOUACHE SOBRE CARTÓN
2011



En Medellín había pocos personajes preparados -sería mejor decir propensos- para recibir la peste de los vinilos que llegaba desde el Norte y las lejanas islas del Imperio Británico. El oído les decía que eran útiles para combatir el tedio y la obediencia. Los sesenta también era el tiempo de la sospecha. Testimonio de uno que oía los aullidos como murmullos.

Inflorescencias rockeras de una mente sin cuerpo

por JOSÉ GABRIEL BAENA

1964-65: El director británico Richard Lester produce las películas de los Beatles *A Hard day's night* y *Help*, la una, especie de documental sobre una gira alocadilla del grupo, y la otra, un símil de comedia policíaca. Suscitan admiración. La primera sobre todo por su frescura ingenua y no premeditada, su carencia de guión. Y las dos, por su espléndida música. Llegan a Medellín casi un año después de producidas, luego de pasar por el filtro del cuarto de tinieblas *non sanctas* del Palacio Arzobispal, donde hoy queda la Oriental con la Playa. Allí se quedaban con todos los recorres donde se veía una pierna desnuda de una fémina, un seno turgente. Empiezan a despertarse los fenómenos del go-zó y del ye-ye. **1966:** La compañía Nestlé-Milo inicia giras por medio país, donde haya coliseos, con chicas bailarinas minifaldudas y con apetitosas botitas blancas. No les veo la maldita gracia. Apenas tengo 11 años y medio. Todavía le rezo a San Luis Gonzaga para que me despierte todas las mañanas a las 6:10. En los espectáculos se doblan canciones de un naciente programa del único canal de TV del país al que han llamado El Club del Clan, donde nacen y mueren para siempre 4 o 5 estrellitas de la canción pop nacional: Oscar Golden, Harold, Lyda Zamora, Vicky, dos o tres más. Nadie es peludo entre los hombres, o por lo menos no pueden éstos taparse las orejas. De lo contrario son definitivamente maricas. En un canal de TV que hay en Bogotá dicen que presentan un cómic de los Beatles, pero nadie lo ha visto. Misterio. Las compañías discográficas -léase Codiscos- publican falsos álbumes recopilados de los primeros éxitos Beatles, hasta que finalizando el 65 se atreven con el primer LP completo: *Rubber Soul*.

El éxito les abre las agallas y al año siguiente, con algo de temor, lanzan "Revolver", donde aparece la primera música psicodélica de Lennon, McCartney y Harrison, y un insulto censurado a la Reina. Habían ido a la India y se les había quedado pegado algo a la suela del cerebro. De los Estados Unidos, liquidada la moda Elvis, no se sabe ni mú. Dicen que hay un tipo llamado Bob Dylan, que está haciendo canción "protesta" campesina con guitarras eléctricas, una profanación, y es éste quien a mediados de los sesentas edita *Blonde on Blonde*, una superobra experimental. Por aquí, nada se sabe. Este cronista o quien esto escribe, que hasta el 66 había detestado el inglés por culpa de profesores gruñones, se abre de piernas y oídos cuando su hermano Jesús compra con sus "algos" la obra cumbre del pop beatle por siempre jamás: *Sargeant Pepper's Lonely Hearts Club Band*. Un machetazo directo al kundalini o glándula de la visión beatífica. Aunque muchas de las letras parecen enigmáticas, se refieren a temas triviales como un agujero en el tejado, un viejo cartel de circo, una chica que se va de casa posiblemente embarazada... y el maldito viaje con LSD (*Lucy in the Sky with Diamonds*) y la canción funesta que prelude al asesinato de Lennon años después: *A day in the life*. El mundo no puede, literalmente, con estos cuatro granujas sin tacha que en menos de ocho años han vuelto trizas TODA la música y todavía les queda cuerda para rato con los escombros refulgentes que les sobraron para hacer esa otra catedral denominada *El Álbum Blanco*.

Pero, mientras tanto, justo al lado de ellos, se está levantando con ladrillo sucio, muy sucio, esa otra torre de Babel de

perversión y satanismo (ingenuos, también) y que desde principios del 63 no ha dejado de ponerles el tataqueto: para cada canción bonita que sacan los Beatles ahí tenemos a los Rolling Stones parándoles la caña con un contrapunteado malevo que enloquece a las clases trabajadoras menos favorecidas, desempleados, veteranos de los guerras del Imperio. Si Lennon se desgañita en *Help* pidiendo auxilio para su desconcierto juvenil, el Mick Jagger de los Stones le responde con *Satisfaction* que derrumba todas las tarimas de baile de Europa. Si los Beats sacan *Michelle*, Jagger les dispara con *Lady Jane*, tenebrosa canción de la Edad Media. Al *Album Blanco* beatle responden los Stones con otro, también blanco, pero repleto de "asquerosidades nada sanitarias". Y todos tan buenos amigos, y todos por la ganancia y hasta filman para la TV un programa llamado "El Gran Circo del Rock and Roll" que nunca se emite por divergencias en la producción. (Hoy se consigue en las aceras del centro a tres mil más un pornito. Cuando los Beat arrojan por la azotea *Let it be* (Amén) los Stones se los devuelven con *Let it bleed* (Déjalo sangrar). En el 69, faltando un par de meses para el adiós del hipismo en los pantanales de Woodstock, se les muere el tecladista Brian Jones a los Stones en una piscina de vómito, lo cual no es óbice para que de inmediato saquen su segundo gran volumen de grandes éxitos, y luego se embarquen en la gira americana que terminará trágicamente en el circuito de Altamont en la Costa Oeste, con algunos muertos entre los fans. "Ahí pagaron los Stones por ser tan malos", dirían nuestros papás. Bueno, de hecho, algo estaba terminando, los finales felices nunca son bien recomendables, pero entre una

y otra querrela montada por los publicistas, los divorcios de Lennon y de Jagger, montañas de yerba y drogas atravesadas en cada mansión, piscina, aeropuerto, otros grupos británicos que se habían estado quedando a la sombra de "nuestros chicos de mostrar" empiezan a sacar las uñas, y qué uñas, digo, garras. A mediados del 69 los Beatles son desplazados por primera vez en años del primer lugar del "top parade" por unos cuantos desconocidos que se hacen llamar Led Zeppelin: con músicos venidos de grupos menores como Robert Plant, Jimmy Page, John Bonham, John Paul Jones, desestabilizan todas las tablas. Y con luz cegadora y religiosa emerge *Blind Faith* con Eric Clapton, y Pink Floyd, y los Moody Blues, y Génesis, y YES, y Emerson, Lake and Palmer, y Jethro Tull, debo ir al baño. Es en este momento de la historia cuando mis discos empiezan a perderse. Recuerdo con precisión en 1969 la salida del primer álbum de Led Zeppelin donde pegué un recorte de periódico que anunciaba que los Beatles habían sido sobrepasados en los "charts" por un grupo desconocido, aquello nos dolió en la invisible, y poco después la escueta noticia del Festival de Woodstock en agosto del 69. Mientras tanto, el pelo, el maldito pelo había ido creciendo no sólo entre los más grandes de liceos y colegios sino hasta en los mismos profesores. El proverbio de "ideas cortas, cabellos largos" se perdió poco a poco en el olvido y ya después del todo cuando los presentadores del único canal de TV empezaron a dejarse unos cachumbos decididos. Ya la pelea no se volvió por los cabellos sino por las ideas que venían por debajo, y empezaron a salir tímidamente algunas hojas, simples, dobles, que circulaban en

los centros comerciales y donde se informaba "de lo que estaba pasando por allá arriba, en el Norte". Esporádicamente surgía algún programa de rock and pop que pronto desaparecía. A principios del 70 los Beatles anuncian su nefasta disolución supuestamente por los problemas de Lennon con su amada Yoko, lanzan "Let it be" con documental de 50 minutos; en agosto se muere Jimi Hendrix, "el más grande guitarrista pop del mundo, por exceso de droga" -una inyección en la yugular, antes o después se había pisado Janis Joplin -mucho vodka en el sistema. Todo parece haberse estancado en un limbo surrealista en el panorama británico con la excepción de los trabajos de Pink Floyd, Los Moody, Génesis, ELO, YES. La extensión del pelo le importa un carajo a nadie ya. En los EU, Frank Zappa es el rey indiscutible de una música que engarza a los grandes clásicos de la escuela de Viena con el rock más atrevido de la Costa Oeste. Pululan los cantantes solitarios, de los cuales hoy solo queda, si mucho, James Taylor. Y el siempre reencachable Leonard Cohen que se acaba de ganar un premio Príncipe de Asturias a sus casi 80 años y en la ruina. A Bob Dylan, en junio de este mismo año, Obama le acaba de entregar el "premio de la Libertad", una especie de Nobel gringo, "por sus servicios innumerables a la Gran Patria Norteamericana". ¿Pero no era Dylan el más grande subversivo de todos los subversivos? ¿Durante cuánto tiempo hemos estado engañados? En Junio, hace 15 días, el exbajista de los Stones dice que es mentira que los Satánicos vayan a cumplir 50 años pateando escenarios por el mundo en 2012 y que el aniversario se cumple en enero de 2013. "Si me invitan pue-

de que vaya", dice tranquilo por el teléfono. "A ver si los animo un poco, desde que me les fui no han hecho un solo éxito de los de antes... Ya tengo 75 pero la música está ahí, y un poco más". Jagger no dice nada. Keith Richards se puso un ojo futurista de lente digital para no aparecer con lentes en los escenarios. Algunos irán con pelo, sin pelo, con el pelo teñido, o completamente calvos. ¿No es la música el asunto principal? Por mi parte, con mis cuatro mechas supervivientes, sigo pensando que el más "divino" y peludo de todos los grandes rock and poppers de todos los tiempos fue Cat Stevens, antes de convertirse al islamismo y volverse una piltrafa fundamentalista. Y entre otros manes, ese misterioso mutante llamado Rick Wake-man, que conoció en persona a las seis esposas de Enrique VIII y a todas las sobrevivió. Un hombre de otra galaxia, sin conexión terrenal. El otro "mysterious guy" fue Ian Anderson, el Dios Aqualung Mendigo de Jethro Tull: flautista preferido de los dioses. Pero lo que habría que decir de cada cual de todos no cabría en internet. En mis anaqueles ya cen 500 vinilos con sus cucharadas de secretos, con sus granitos resacos de ácidos lisérgicos. Continuará, sin continuar, let it be. (Lema actual de la Dokumenta de Kassel: ¡Confusión, confusión, y sólo confusión! Un buen lema para abrir las próximas sesiones del Congreso, con Timochenko en la mesa. Oremos con Lennon: ¡Give peace a chance!). ☪

Este cronista o quien esto escribe, que hasta el 66 había detestado el inglés por culpa de profesores gruñones, se abre de piernas y oídos cuando su hermano Jesús compra con sus "algos" la obra cumbre del pop beatle por siempre jamás: Sargeant Pepper's Lonely Hearts Club Band.



EL ENCANTO DE LO ANÓNIMO

Señores(as), aquí les entrego la traducción de un poema que encontré en las páginas olvidadas de un libro. La traducción es mía, del francés, y bien sé que es torpe, pero acaso no exista otra, así que por eso la transcribo.

El libro es el *Diario* de Katherine Mansfield, quien cita el poema sin mencionar autor. Sospecho que no lo tiene, y que son unos viejos versos franceses, quizás una canción, que la autora oyó alguna vez, y los evoca aquí, con tono sin duda nostálgico, que es el que mejor cuadra en casos como éste.

Se trata de un Ubi Sunt; dato que no sobra, pues me temo que varios de mis supuestos lectores, sobre todo los más jóvenes, ignoran qué es un Ubi Sunt. Lo digo, pero no lo explico. Queda de tarea.

El tiempo de las lilas y las rosas por este año jamás han de volver; el tiempo de las lilas y las rosas pasó, y el tiempo del clavel también.

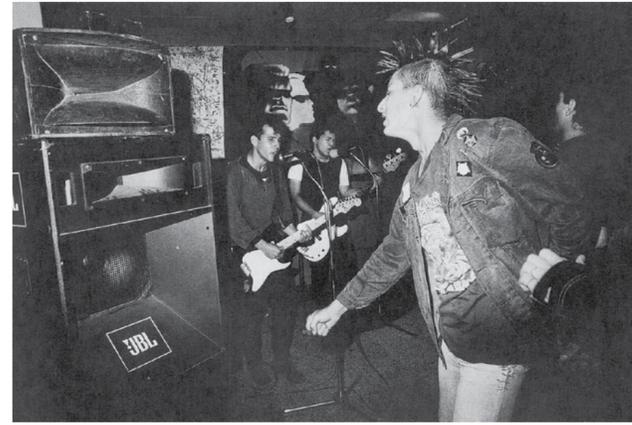
Sombrió el cielo está y otro es el viento, no iremos más al campo a recoger las lilas y las rosas en adwiento; no puede primavera florecer.

¡Oh feliz y sedosa primavera que hace un año su luz no nos conceda! Ya nuestra flor de amor está tan yerba que ¡ay! ni tu beso despertarla puede.

¿Y tú qué haces, sin flores ni corolas, gratos amanecer, frescos huertos? El tiempo de las lilas y las rosas, con nuestro amor ya para siempre ha muerto.

CODA

Cierro esta croniquita con un párrafo de John Middleton Murry, crítico y ensayista inglés, y esposo de Katherine: "Entró en una especie de casa de retiro, una hermandad espiritual en Fontainebleau (...). Al cabo de tres meses, a principios de 1923, me pidió que fuera a pasar una semana con ella. Llegué la tarde del 9 de enero, temprano. No he visto nunca, ni veré jamás a un ser tan hermoso como aquél; parecía como si la exquisita perfección que había siempre existido en ella la hubiese embargado por completo. Para usar sus mismas palabras, el último átomo de "sedimento", los últimos "vestigios de degradación terrenal", habían desaparecido completamente. Pero había perdido su vida para salvarla. Mientras subía a su habitación a las 10 de la noche, le cogió un acceso de tos que terminó en una violenta hemoptisis. A las diez y media estaba muerta". ☪



El punk Medallo según él mismo

por IGNACIO PIEDRAHÍTA

Han pasado casi treinta años desde que el grito del punk rodó por las empuñadas laderas del Valle de Aburrá. El no futuro pronunciado en inglés cayó sobre los barrios altos de la ciudad y se adaptó a sus voces pedregosas y sus guitarras hechizas. Eran los tiempos de las tapas de olla remachadas para sonar como platillos, de los bombos armados con radiografías templadas y canecas para mezclar cemento; de los parches en terrazas y solares y de los conciertos en salones de la acción comunal, donde se tocaba al ritmo fuerte de unas baquetas labradas en palos de escoba.

Pero esas precarias circunstancias importaban poco a la hora de expresar un descontento. Sin instrumentos ni conocimientos musicales, los punks respondieron con un “No” filosófico y estético a los engañosos valores de la moto fácil y el plomo gratis que les ofrecía el momento. En la práctica, sus acordes desafinados protestaban contra la fingida armonía de la ciudad; sus guitarras y sus bajos, sacados de un tablón de comino crespito, eran la antinomia del consumismo; las crestas paradas y las chaquetas raídas de sus seguidores, no eran otra cosa que reclamos a la hipocresía de la “buena presentación”.

Por obvias razones, el punk no era para todo el mundo. Las calles nocturnas permanecían desiertas y salir era en sí mismo un acto de osadía. Además, desde lo personal, no era fácil para los que teníamos gafas de miope y escaso tono muscular entrar en un pogo. Lo mismo para aquellos que no sabíamos los modales de la calle ni teníamos el estómago afilado para digerir sin consecuencias un trago de chamberlain. Pero, por fortuna para los casposos, existían los casetes regrabados una y otra vez, que caían en manos equivocadas y eran disfrutados en la intimidad.

Esa misma sensación de cuando escuché por primera vez unos temas de Los Podridos en mi walkman de niño bien —tal vez en el año 88—, la tuve hace poco cuando caieron en mis manos dos libros

y un video sobre el “punk Medallo”. De nuevo, los productos de esta exigente contracultura desbordaban sus propias circunstancias y tomaban vuelo propio. Se trata de dos libros escritos por David Viola y un video documental realizado por José Juan Posada, ambos fundadores de I.R.A. Los dos libros y el video son versiones de tres décadas de punk, según las miradas personales de lo que fue en esencia un movimiento de grupo, de tribu.

El primero de los libros de Viola se titula *I.R.A. La antileyenda*, y cuenta precisamente la historia del grupo que ayudó a fundar, y que él mismo define como “de pogo brusco, canciones cortas y fuertes, y el mensaje urbano con sátira musicalizada”. Entre anécdotas e interesantes reflexiones que van del humor a la convicción, Viola consigue crear una obra que mitifica y desmitifica al mismo tiempo la historia de un fenómeno contracultural. Por su lenguaje y su manera de contar las cosas, el relato conserva la esencia punkera, en la que el virtuosismo proviene de la entrega y la honestidad.

El libro me hizo recordar a *Vida*, de Keith Richards y *Éramos unos niños*, de Patti Smith, dos autobiografías de rockeros publicadas hace poco. Quizá *La antileyenda* no toque solo las dificultades de la conformación y mantenimiento de una banda en el *underground* local, sino también sus logros y alegrías. Están en el libro los platos de sancocho y los pasteles de arequipe recibidos en pago por un concierto, las primeras salidas del país a tocar en un pantanero en el Ecuador o los aprietos para rearmar la banda ante la salida de alguno de sus miembros; pero también la satisfacción de las grandes presentaciones y las grabaciones de sus discos, que de alguna manera plantean la necesidad de trascender las férreas condiciones de ese “No” punkero, incluso en contra de sus propios seguidores.

Después vendría un segundo libro, *Punk Medallo*. En este, Viola intenta presentar un panorama más amplio del na-

cimiento y desarrollo de “una manifestación atestada de inconformes que atropellaron, abriendo brecha cultural y artística, para que pasara la caballería de la música pesada que venía sin frenos bajando por las lomas del Valle de Aburrá”. Ya no es la banda, sino la búsqueda de respuestas a la filosofía y la estética del punk en su versión local. El estilo “mordaz”, sin embargo, se conserva para presentar valiosa información sobre los protagonistas, los conciertos, las grabaciones y muchos otros aspectos del género.

Punk Medallo, al igual que *La antileyenda*, adquiere fluidez y valor narrativo en la medida que Viola se atreve a reírse, en medio de la seriedad que exige cualquier movimiento que va contra la corriente. Amparado en su obra musical, conseguida con trabajo y dedicación, el autor se permite contar vivencias propias del punk que van más allá del ceño fruncido: grupos que se iban de gira en camiones de ganado vacíos, donde se llenaban de aserrín y de boñiga; porrazos recibidos en los pogos, tras los cuales acudía alguien con una botella de alcohol, pero no para desinfectar sino para ofrecerle un trago al herido e invitarlo a seguir en ese ritual de “empujones, jalones, pisotones, impactos, asfixia, patadas involuntarias, saltos y hasta golpes no intencionales convertidos en una extrovertida danza”.

Los dos libros encuentran un equilibrio entre la trascendencia de los logros culturales y artísticos que pueden anotarse los punkeros de la ciudad por su terquedad y sacrificio, y la cotidianidad de esa peregrinación por una ciudad violenta que los vio comprometerse hasta encontrar un espacio propio. Seguramente, como él mismo lo dice, otros tendrán diferentes puntos de vista, pero no hay otra manera de comprobarlo que tirando la primera piedra. Los lectores ajenos a las botas platineras agradeceremos esta posibilidad de sentir, a través de palabras, el aroma del jabón Rey de ritidándose en la asfíxica atmósfera de un concierto de garaje.

El tercer documento punk es el video titulado *Más allá del No Futuro*, de José Juan Posada. Quienes escuchamos hablar del autor en los ochenta como un “reconocido pandillero”, difícilmente podíamos imaginarlo luego como músico, y posteriormente como documentalista. Fornido, de voz gruesa y ojos felinos, asustaba con solo verlo pasar. Sin embargo, es él quien hoy nos entrega este video sobre el “punk Medallo”, como complemento fortuito de los libros de su antiguo camarada de batallas musicales.

Más allá del No Futuro es, básicamente, la recopilación de testimonios de viejos punkeros de la ciudad, editados para ofrecer la mirada personal del autor. Estas voces de quienes han recorrido las calles escuchando y tocando punk, haciendo de él un estilo de vida, presentan lo que fue el nacimiento y los motivos

profundos del movimiento en la ciudad. La expresión de los protagonistas, dura y callejera, muestra el sustrato de una música simple pero llena de carácter.

Por la misma naturaleza del formato de video, no hay tiempo para tocar tantos temas como en un libro, y en este caso los punkeros prefieren hablar seriamente. Las anécdotas allí no tienen lugar. Prefieren usar el poco tiempo frente a la cámara para hablar de lo que significaba vestir de negro gastado y enfrentarse a la sociedad con su estética chatarra; de cómo los gritos de su música planteaban un desahogo no violento ante la misma violencia naciente entre los jóvenes; de cómo se hicieron “guerreros” de la calle con las armas de sus convicciones “¿Cómo quedarse en casa cuando afuera la ciudad se destruí?”; dice José Juan, auto entrevistándose.

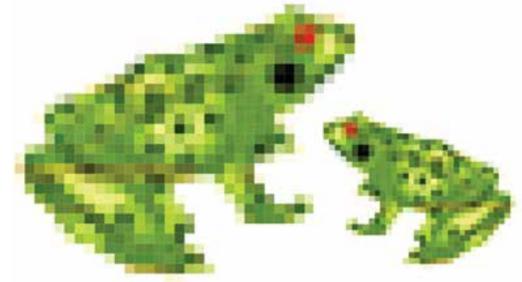
Ahí están pues tres documentos que cualquiera que haya escuchado un casete regrabado con temas de I.R.A., Mutantex, Peste, Desconcierto o cualquier otro grupo de la escena local, seguramente apreciará. De ahí a asistir a los conciertos que aún ofrecen muchas de estas bandas —algunas de ellas reunidas de nuevo después de tantos años—, hay solo un paso. Y hasta vale la pena meterse, así sea por unos segundos —sin gafas, por supuesto—, a un pogo, para sentir su efecto terapéutico. Lo que muchos tildan de un baile y una música violenta, es precisamente una muestra de desahogo y libertad que responde con simples empujones, y uno que otro daño al mobiliario público, a la contundencia de las balas. ☪



I.R.A. La antileyenda. David Viola. Ateneo Porfirio Barba Jacob, 2007. (Edición agotada)
Punk Medallo. David Viola. Publicación personal, sin fecha. (De venta en la tienda “Rock and roll”, Paseo La Playa)
Más allá del No Futuro. José Juan Posada. Wide Perspective Productions, 2009. (De venta en la tienda “Rock and roll”, Paseo La Playa)

Sapobytes

por SERGIO ÁLVAREZ



En Colombia, durante siglos, quien quisiera denunciar a algún delincuente debía encontrar un testigo, dicho en lenguaje cotidiano, un sapo. La cantidad de sapos y traidores que pueblan la historia patria es infinita. Un país de criminales siempre será también un país de soplones. La lista de amantes desairadas, de socios tumados, de policías empecinados en ser buenos, de criminales ansiosos por sacar del juego a sus competidores y de víctimas resentidas que se han convertido en delatores es larga y está llena de historias fascinantes.

Todo habría seguido en esos términos y cada avance de la justicia tendría sus respectivos hombres y mujeres protegidos en el exterior; o habría hecho que los testigos huyeran y se escondieran por su propia cuenta ante el abandono de investigadores y jueces. Pero los malos de Colombia también se han obsesionado con la tecnología. Obsesión bien motivada. Por malo que uno sea, necesita llevar cuentas y tomar apuntes, mucho más en un mundo donde la lealtad y la honestidad escasean.

El asunto empezó a ser noticia por el computador de don Antonio, secretario personal de Jorge 40. Cuarenta, nacido en una familia “bien”, conocedora de que la política es la única actividad criminal impune, pasó rápidamente de matar, desplazar y traquetear a negociar el poder con alcaldes, gobernadores y presidentes. Pero Cuarenta también sabía por experiencia que los políticos son más deshonestos que los criminales, así que ordenó a don Antonio que llevara cuentas minuciosas en un sofisticado computador portátil.

Don Antonio, que en realidad era un hombre joven y tenía pinta de yuppie tropical, obedeció sin chistar y en sus cuentas quedaron registrados, entre otras cosas, los 550 asesinatos que Jorge 40 mandó cometer durante unos pocos años en su zona de influencia. Estas y otras actividades hubieran permanecido en la oscuridad si durante un allanamiento sorpresa don Antonio no descuida el computador. Era tan jugosa la información que dejó claro que cerca del 40% del Congreso de la República de Colombia estaba bajo sueldo de las Autodefensas y muchos de estos insignes congresistas fueron

a parar a la cárcel ante las contundentes pruebas del primer sapo cibernético.

Las mismas cuentas de Jorge 40 empezaron a llevarlas sus socios, los demás jefes paramilitares. Contabilizaban nóminas, compras de armas y de insumos para el narcotráfico, salidas de droga y entradas de dinero y, claro está, también de asesinatos, que es la actividad en la que son más expertos. La contabilidad ayudó a ser eficientes a los paramilitares, pero no les aminoró la desconfianza en los políticos y decidieron tomar fotografías y grabar videos de sus encuentros, fiestas y pactos. Todas estas pruebas han ido apareciendo y no han cambiado la realidad, solo la han iluminado un poco.

Extorsionar, traficar, secuestrar y volar pueblos llenos de civiles es un asunto complejo y rápidamente la guerrilla y la delincuencia común aprendieron también que debían registrarlos todo en USB, discos duros y computadores portátiles. El uso de estos artilugios es tan obsesivo, que si las guerrillas no hubieran pasado de moda hubiera sido fácil que Steve Jobs le contratara un anuncio a Tirofijo, donde, en medio de las terribles condiciones de la selva, el Comandante saliera en pantalla diciendo: Puedo olvidar mi fúsil, mi guardia personal y hasta mis amantes campesinas, pero jamás mi Mac.

En el país del ya cansado y enfermo García Márquez una costumbre normal para los tiempos no podía evitar dar un paso hacia la ma-

gía. La madrugada que un bombardeo del ejército colombo-norteamericano destruyó un campamento guerrillero asentado en Ecuador y mató allí a Raúl Reyes, segundo al mando de las Farc, todo quedó destruido, los cráteres de la bombas eran más grandes que el campamento, pero los computadores, las memorias y los discos duros del internacional guerrillero quedaron intactos. Esta captura tecnológica fue más importante que la misma muerte de Reyes, y los enemigos

De los discos duros de Reyes pasamos a la USB de Mancuso. Sólo una triste y solitaria USB porque el gritón que ejercía de presidente de Colombia dio orden de extraditar a sus antiguos socios

nacionales de la guerrilla se frotaron las manos y empezaron a calcular que de allí saldrían las pruebas para meter a la cárcel o para hacer asesinar bajo la mesa a muchos de los simpatizantes de las Farc.

Eso no ocurrió. Tanta calidad tecnológica no se la creyó nadie y poca gente aceptó como válidos los 37.782 documentos de texto, las 452 hojas de cálculo, las 210.888 imágenes y los 10.537 archivos que se supone había en los computadores. Pero quedó claro que de ahí en adelante lo grandes

sapos de nuestra violenta historia no se contarían en palabras sino en bytes. De los discos duros de Reyes pasamos a la USB de Mancuso. Sólo una triste y solitaria USB porque el gritón que ejercía de presidente de Colombia dio orden de extraditar a sus antiguos socios. De la cárcel de la que los sacaron, misteriosamente desapare-

ció todo rastro de computadores, discos duros y demás sistemas de archivo de información.

La USB de Mancuso dio vueltas y de ella también empezaron a salir documentos como de una lámpara de Aladino. Pero eso tampoco sirvió de mucho, porque todo se quedó en rumores y finalmente desapareció gracias al sistema con que mejor desaparecen las pruebas de cualquier delito en Colombia: pasó a custodia de la Fiscalía.

Este secuestro permanente de pruebas informáticas alimenta ahora el morbo nacional, ya los titulares de las noticias no son las caras de los políticos ladrones, los paras, los guerrillos o los traquetos, sino las imágenes también generadas por computador de los discos duros o los portátiles de los malos. En el campamento de El Mono Joy fueron encontrados 15 computadores, 94 memorias USB, 14 discos duros externos; en el campamento de Alfonso Cano, 7 computadores, 39 USB y 24 discos duros.

De esta manera, a pesar de que los fanáticos que han ejercido como presidentes los últimos años convirtieron a millones de ciudadanos en sapos, los grandes soplones de nuestros tiempos no son humanos, sino USB, discos duros y computadores portátiles. Bien se dice que cada pueblo apropia de una manera distinta la tecnología, según su cultura. Nosotros la hemos puesto al servicio no de la justicia, porque en Colombia ser denunciado casi nunca significa ser condenado, sino de uno de los grandes mitos de nuestra violenta historia: el de ser un verdadero y trascendental sapo. ☪

La revista donde aprendieron a publicar algunos de los grandes poetas colombianos

(José Manuel Arango, Helí Ramírez, Víctor Gaviria, Santiago Mutis, Elkin Restrepo, Darío Jaramillo, Eduardo Escobar, Harold Alvarado, Jesús Gaviria...)

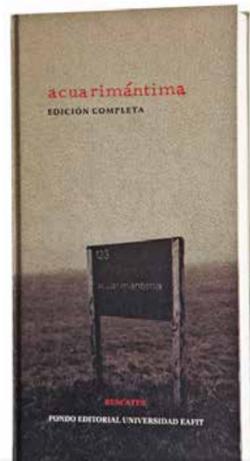
La revista donde debutaron las vanguardias y los genios apenas entrevistados en las páginas colombianas

(Wisława Szymborska, Thamar Merton, Wallace Stevens, Anais Nin, Ferreira Gullar, Kostas Kariotakis...)

Lectura del termómetro vital y literario de una década brillante en Medellín

Fondo Editorial EAFIT
 Teléfono: (57)(4) 261 95 23
 www.eafit.edu.co/FondoEditorial
 rvasco@eafit.edu.co

Acuarimántima
 Edición completa
 33 números (1973- 1982)



Rapsodia
 "Canción en Vivo"
 Fin de Semana y Domingos de puente
 www.tabernarapsodia.com

Torres de Bomboná
 Cra. 43 # 47-46 local 127
 Teléfono 2167411
 Medellín - Colombia
 info@tabernarapsodia.com



Andanzas del 'Gigante de Guayabal'

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA

Ilustración: Verónica Velásquez

Es la noche en Mocoa, Putumayo, una noche cargada de negro y de pequeñas estrellas que parecen pedacitos de vidrio brillando sobre las escasas nubes.

Por la calle principal del pueblo, empedrada y resbaladiza por la lluvia del mediodía, camina suavemente Cochise Rodríguez, arrastrando sus piernas chuecas y soportando una posición eruida para disimular su inminente joroba, la razón, quizás, de la pérdida de sus dos centímetros de estatura.

Cochise lleva en sus manos una fea artesanía en madera, regalo de los mocoanos, quienes a través de su Alcalde, vestido de saco y corbata, lo acaban de homenajear con algarabía en la Casa Cultural del pueblo. El 'mejor deportista del siglo XX' se presentó al acto en pantalóneta y camisa, un descuido protocolario que pasó desapercibido entre los brindis de ron y aguardiente de los presentes.

Martín Emilio se va del homenaje sin despedirse, como un niño que se

escapa de la escuela antes del examen de matemáticas. En la puerta lo "descubre" el secretario de deportes de Mocoa: "por qué se va campeón", le pregunta, y Cochise le responde despacio: "estoy muy cansado, mañana tengo que madrugar".

Esa misma noche, mientras intenta atinarle a la bola nueve en una mesa de pull de un billar atascado en una calle repleta de prostíbulos y cafeterías, un hombre se le acerca con los ojos agudados y le pregunta: "¿usted es Cochise Rodríguez, verdad?". El sencillo "sí" que recibe por respuesta petrifica al hombre, quien se queda absorto, con la boca abierta, sin saber qué más preguntar.

El 'viejo' mira su lujoso reloj suizo, regalo de Santiago Botero, y dice bajito: "está temprano", su amigo Jesús Piedrahita le pregunta, "¿qué dijiste?", y Cochise responde: "que te voy a ganar la media hijepuchica", luego suelta una carcajada. Los dos traen una cuenta pendiente desde Pitalito, Huila. Allí Martín Emilio fue derrotado por Chucho en un juego al mejor de doce tacadas, en una mesa de tres bandas, y pagó con una botella.

Con los ojos rojos y el rostro sudoroso, Cochise se toma un trago de ron antes de su turno en la mesa. Jesús acaba de fallar la bola seis y reniega por la suculencia del paño. "Vea, tráigame el cepillo para limpiar esto... y dos rones dobles más", grita Chucho al mejor estilo terrateniente. Entretanto, Cochise acaricia su taco con un trapo que huele a cerveza. Le pone poquita tiza y se inclina para buscar la bola nueve, la que se le escapó hace instantes.

El trueno se escucha delgadito por detrás de los acordes de un bolero. "Va a llover otra vez", dice Cochise, quien se manda el otro trago de ron para espantar un escalofrío. "Dale pues 'Cocho' que me vas a enfriar la mano", le suelta su rival cariñosamente.

Cochise roza la nueve, que está al borde del hoyo de la esquina nororiental. La bola se mete y el 'monstruo' hace una mueca de victoria. Está cerquita de su revancha, ahora va por la diez, arrinconada sobre la banda derecha. "Con esa no podés Cochise, vos sabés", le tira Chucho para desconcentrarlo, pero el

'viejo' no responde nada y dispara su taco. En todo el establecimiento se escucha un "ayyy" que Chucho celebra con amplias carcajadas, "si ves, te lo dije", mordisquea Piedrahita. Cochise rompió el paño y todos en el billar no saben si caerse de risa o de tristeza.

"Yo lo pago, no se preocupe", le grita Cochise al dueño. Pero el hombre ni se inmuta, sirve dos rones más, cortesía de la casa, y palmeando la espalda del ídolo dice: "tómese uno maestro, y no se preocupe, usted acá es como si fuera de la familia". Termina el juego.

Tres días después, en La Plata, Huila, una señora de ochenta años enfundada en un vestido con olor a polilla pasa corriendo por el parque principal con el rostro embriagado de angustia. "¿Dónde está, dónde está, usted no lo ha visto?". Cuando por fin ve a su ídolo, ataviado con gafas negras estilo James Dean y una chaqueta de Indeportes Antioquia, la señora le suelta un beso en la mejilla y se abraza a su cuerpo con tanta fuerza, que a Cochise se le ilumina la cara y se le inflan los cachetes.

Un día antes, en Gigante, un pueblo huilense que parece estar sujeto a la gran Ceiba que gobierna su plaza principal, un hombre de mediana edad le pide a Cochise que cargue a su nieto, según él, para que le dé buena suerte.

El pasado 8 de abril, el feliz cumpleaños sorprendió a Cochise en el calor de Cúcuta. Allí fue invitado por Alfonso Reátegui, uno de sus mejores amigos, para que hiciera parte de un ciclopaseo y dos circuitos urbanos. Martín Emilio es incapaz de decirle no a la bicicleta. Por eso agarró maletas y con su GW blanca y negra al hombro cogió camino al Norte.

Doña Cristina y sus tres hijos: Marcela, Juan Esteban y Daniel, ya le habían celebrado al ídolo sus setenta años. Lo hicieron el 7, fecha marcada en la cédula que el "monstruo de Guayabal" hizo cambiar hace más de cuatro años, cuando hacía campaña para un segundo periodo como concejal de Medellín. Martín hizo que el Cochise entrara en su documento como un nombre más, para dejar de pelear con la gente que nunca lo reconocía como Martín Emilio.

"Yo soy Cochise y basta. A mí nadie me conoce por mi nombre de pila, como a Superman, que nadie se acuerda que se llama Clark Kent", explica el astro del "caballito de acero", campeón mundial de los cuatro mil metros en Varese (Italia), en 1971; récord mundial de la hora en 1970 en México y dos veces ganador de etapa en el Giro de Ita-

lia. En 1972, este medellinense nacido el 7 de abril de 1952 en el barrio Guayabal de Medellín, no pudo representar a Colombia en los Juegos Olímpicos de Munich por ser considerado deportista profesional, un total exabrupto, pues Cochise ganaba menos que cualquier tinterillo de la época. "Ese es mi gran pesar en todos estos años de ciclismo, no haber podido ir a los Olímpicos. Me dolió también que en esa época nadie me hubiera defendido, como sí defendieron, por ejemplo, a María Luisa Calle después de Atenas 2004", dice con tristeza Cochise, ganador además de cuatro vueltas a Colombia y tres vueltas al Táchira, en Venezuela.

Hijo de los campesinos Victoriano Rodríguez y Gertrudis Gutiérrez, Martín Emilio ha sido homenajeado más de cien veces por sus logros. Su apodo, inspirado en el nombre de un cacique apache, es famoso en los cinco continentes. Cochise nació para ser estrella, para ser recordado. "Yo vivo muy agradecido por el amor que todos me han brindado, por eso soy tan feliz hoy", dice con una gran sonrisa el doble campeón panamericano y eterno rival del "Nato" Suárez en las míticas carreras colombianas de los años setenta. "Él es mi gran amigo de toda la vida, a pesar de todas las batallas que libramos en carretera", afirma.

Cochise llega a sus setenta años en perfecto estado de salud y con una rutina de dos horas diarias de bicicleta. Aunque le gusta ser famoso, el viejo sigue siendo humilde y dice: "Sí, en Colombia se necesitan más Cochises, pero también más Santiago Botero, María Luisa Calle, Juan Esteban Arango y Fabio Duarte".

Cuando volvió a Medellín recibió un segundo pastel de su familia. Como en Mocoa, en 2009, se escapó de la casa argumentando que estaba cansado, que se iba a dormir, pero en realidad se fue a proponerle un "chico" de billar a Jesús Piedrahita, su amigo y verdugo sobre el paño. Se fueron para el centro, pidieron media de ron y se emborracharon de carambolas. ☺

engaño visual—. La misma estadística continúa: un hombre con más de veinte centímetros de brújula trabaja menos de cuarenta horas semanales. Es decir, para obligarnos al sacrificio del trabajo, del estudio, del matrimonio, de los hijos, para obligarnos al cultivo de la fuerza de la voluntad, Dios condenó al hombre con un ristre, sino ridículo, aceptable.

Si Dios hubiera sido generoso en la repartición de la percha universal, todos los hombres nos volveríamos amantados incurables. La estadística también es impresionante: el tamaño sí importa y sino ¿por qué diablos los vibradores que más se venden en las sexshops son los más largos y gruesos? Otra estadística: el disfraz más exitoso, hablando de fetiches, es el de policía: gafa oscura, minifalda, gorra, porra y esposas. La policía causa gran entusiasmo en la cama. Cuando éramos niños jugábamos con carritos y muñecas. Ahora vamos a los sexshops y nos pasamos la lengua por la

La vuelta a Equis en 80 años

por ELKIN RESTREPO

Ilustración del autor

A fines de mayo, el poeta Jaime Jaramillo Escobar, ex-X504, cumplió ochenta años, una cifra que constituye apenas el comienzo de su inmortalidad. Fuera del agasajo de los amigos, la lectura de sus poemas en el Matacandelas y el aroma de beatitud, ya intensísimo, que despide, Jaime asistió a su cumpleaños como a otro cualquiera, con modestia, pulcritud y lucidez. Con aquellas virtudes que no impiden advertir en él al Nadaísta que, alejado de todo exhibicionismo y rebelde estridencia, como era la regla entre sus compañeros de letras, logró lo que muy pocos logran, tratándose de la Poesía: elevarla a un orden del que devolverse ya no es posible. En otras palabras, en acercar con desenfado la poesía a la vida, haciéndola su propia sustancia.

Sus poemas que, apegados a las virtudes balsámicas del versículo bíblico, saltan todo lindero entre el verso y la prosa, gozan de un público cada vez más amplio, los editan en distintos países editoriales prestigiosos y los entonan, para agregar una nota sabia, amable, en radiodifusoras mañaneras. Igualmente, la lectura que él mismo hace de ellos, con su tono de recitador de acto público de escuela, anda por cd, dvd y documentales que se multiplican, convertidos en un objeto inapreciable, como lo es una joya real.

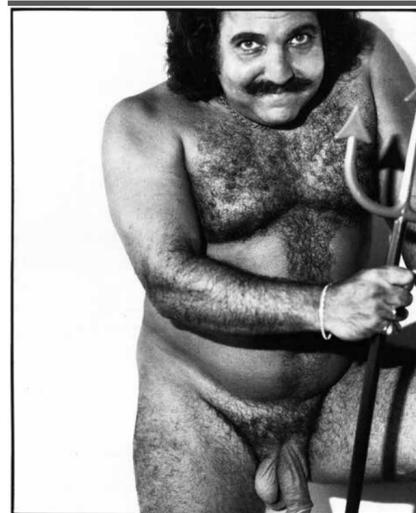
Por lo común, el poeta dedica el tiempo a llevar su vida de siempre, repartida entre su biblioteca, los talleres de poesía, las películas y su oficio de galeote escribiendo reseñas para algunas revistas del país, cuyo pago apenas le da para comprar el paquete de alpiste, el café y la sopa que su cuerpo disciplinado le reclama por momentos. Una prueba más, si se quiere, de su condición de extraterrestre, aseverada por algunos conocidos. Jaime no fuma, no bebe y apenas come, y es hacerse a un lío invitarlo a un restaurante, donde elegirá del menú la por-

ción baby o una sopa de espaguetis y, quizás, si está glotón, una agua aromática. En verdad, X no necesita de nada, le basta con el espíritu, ser solo él, un raro, el más raro de todos, y esto, que ha venido cumpliendo con lealtad ciega, ha sido suficiente para convertirlo en uno de los más destacados poetas en el panorama de la poesía colombiana e hispanoamericana.

El día de su cumpleaños, en plan de agasajarlo, varios amigos (Luis Fernando, Claire, Janeth, Doris y el suscrito) acudimos a su apartamento donde, primero, servido por un moderno Ganimedes, saboreamos un café, parte del ritual con el que Jaime da la bienvenida a sus amistades; luego echamos un vistazo a las macetas con flores y plantas medicinales que cultiva en el balcón y, después, fuimos a un restaurante donde pidió la porción consabida del menaje de siempre. Más tarde, peripatéticos, aprovechamos la cercanía del Jardín Botánico, un lugar idílico si no hubiera tanto escolar sin qué estudiar. Dimos una vuelta larga por el bosque, nos entretuvimos en el mariposario, sobre todo con la postiza autoridad de la guía, y terminamos visitando la sección de plantas carnívoras, nuestras preferidas por razones que no es del caso traer acá, cuyo estado incipiente, pero no carente de interés, nos obligó a decir en coro, como en su famoso poema: "¡Oh!".

Al final paramos en Le Gris de Oviedo, para tomarnos un café y mordisquear unos pastelillos que él no miró, y yo, contagiado a estas alturas por su aura astral, aparté con un gesto de la mano. Fue entonces cuando el poeta, con arres-tonces de atleta, nos confesó que acababa de comprar, a precio de ganga, los doce tomos de La Historia de la Humanidad publicada por la Unesco, a los cuales piensa dedicar los próximos diez años.

Dios guarde a su poeta. ☺



Ron Jeremy. Fotografía de Ian Gittler

¿Por qué es tan difícil ser un pornstar?

por ANDRÉS DELGADO

Vivir del sexo es tan difícil como vivir de la literatura.

Ron Jeremy es una de las legendarias estrellas del cine porno gracias a las mil quinientas películas que rodó hasta el año pasado, más de cinco mil horas sexando con docenas de mujeres. Actualmente, con 59 años y una panza cervicera, sigue grabando sus películas en uno de los géneros del porno más populares en la web: el *Old Man*, con la participación de quinceañeras.

Su duradera y larga carrera como actor fue sostenida por otra particularidad larga y duradera: 25 centímetros de capacidad para orientarse en la vida. Un talento natural y envidiable. Envidiable porque con esa

competitividad congénita no hay que ir a la facultad, ni quemarse las pestañas con libros y calculadoras.

Lo que digo es que solo por eso es envidiable esa dote, sólo por eso. Ron Jeremy tiene una relación simétrica con su brújula: en sus escenas, el hombre sostiene una efectiva orientación hacia el cenit y esa orientación lo sostiene a él: le da la comida, la vivienda y una fama legendaria. En la historia moderna, Ron Jeremy es la encarnación viviente de una erección perpetua.

Ron Jeremy tiene un talento rabiamente escaso, pues Dios no reparte sus más preciados dones a todo el mundo. Porque, a pesar de todo, Dios es sabio. Veamos: a Dios le gusta que nos esforcemos y trabajemos duro, pero la estadística es pasmosa: los hombres con vigas largas son incurablemente holgazanes. El resto, trabajan como burros. — Nota aparte: para palear la carencia, el secreto es rasurarse el pubis y lograr un

herramienta de trabajo, como la que tiene Ron Jeremy, la explotaremos sin miedo, como bien lo ha hecho Ron. Y no trabajaremos, por supuesto, y no responderemos a las obligaciones de Dios. Nos volveríamos pornstar. Ya lo dijo alguno, "todos los hombres tenemos en el interior un actor porno frustrado". ¿Pero por qué frustrados? Porque vivir del sexo es tan difícil como vivir de la literatura. Los que no vivimos del sexo, ni de la literatura, vamos a la universidad. En la universidad recordamos el sacrificio, la pena y la crucifixión.

Ahora, ¿por qué es tan difícil llegar a ser pornstar? La respuesta es fácil, usted lo sabe: porque durante los castings, los productores y directores del género sacan un flexímetro y son implacables con sus medidas. Todo hombre quiere ganarse la vida como Ron Jeremy, pero son muy pocos los que pasan esa prueba con el flexímetro. Entonces decidimos estudiar derecho, administración o nos volvemos periodistas.

En la novela *Monstruos invisibles*, de Chuck Palahniuk, la protagonista ve a un perro echado en el piso que no para de lamerse el sexo. Entonces le pregunta a su amiga:

—¿Por qué los perros hacen eso?
—Pues porque pueden —contesta su amiga, y concluye —los perros no son como los humanos.

En varias de sus películas, Ron Jeremy ejecuta el mismo truco de los perros. Un truco que no es cuestión de flexibilidad, como la de los caninos, sino de dotación. Intente algún día copiar el truco para que compruebe, sin necesidad de ir a un casting, por qué Ron Jeremy es una estrella del porno y nosotros no. ☺

Estilario

por RAÚL TRUJILLO

Exclusivo para UC desde Buenos Aires

Con la pose —valdría escribir un tratado sobre las poses— de quien se ha cultivado a sí mismo como instrumento y materia plástica, nos enseña desafiante, Yaira bailarina, su estilo entre el folk y el oeste americano. Dos grandes referentes bien diversos que nutrieron el mundo de los jóvenes desde que el hipismo los re-conoció. Tal vez como opuestos complementarios, del mundo de rudos e industrializados vaqueros y mineros y de la India orgánica y trascendental se nutrió el imaginario del jeanswear —universo denim— que acompañaría a los jóvenes cuatro décadas atrás en tiempos de revolución, contracultura y creatividad al poder. En ese caldo de cultura, la androginia propuesta por lo unisex invadía las mentes revolucionarias de los jóvenes al ritmo que se extendía el modelo de vida americano.

Las vaqueras, que realmente nunca fueron de trabajo, con sus notorios detalles bordados y calados coloridos en las cañas, sus apliques metálicos en puntera y remache y el característico tazo inclinado, solo se impusieron en las fiestas de exhibición de rodeo y en los populosos lugares donde multitudes bailan llevando el atuendo típico, si así pudiéramos definir el de los norteamericanos del oeste: camisa con almillas decoradas, un clasijean cinco bolsillos y las botas que cargan el estigma de su dueño. Ya sea por el uso o por el origen, estas botas parecieran ser tan únicas como sus portadores. Producidas preferiblemente por encargo y a gusto del comprador, su resistencia, comodidad y valor son ya mitos. Luego de la Segunda Guerra Mundial, el florecimiento de los rodeos como espectáculo, con su promoción de cowboys y novedosas cowgirls, hizo de los años 40 y 50 la edad dorada de las vaqueras. Una historia corta, comparada con las historias de los modelos europeos pero con una capacidad de expansión tan acelerada y masiva como la misma globalización.

El color turquesa como acento a un fondo oscuro se evidencia en el diseño de estampa de una cenefa de particular fondo negro, con pavos reales en forma de paisley libres que flotan entre ramas que parecen caer; multietnia, posiblemente remezcla de la india o alguna zona cultural por remixar. También se coordinan el verde oliva y el ámbar, que por su luz mulata a pocos latinos les va. Poco que decir de la silueta corta en A: el babydoll ha pasado por muchas versiones. Es cómoda y combina con jeans o calzas. Turquesa también es el color de sus uñas, tonos antinaturales como de esmalte automotriz que permiten lucir manos inverosímiles. Color que también resalta en los abalorios del collar, que seguramente de sonajero puede usar. Repicando en verde y con decidida dulzura los ojos nos miran y una sonrisa inquietante de Gioconda se esboza. Hippie hubiera sido llevar el cabello largo y salvaje y estar casi sin maquillaje, pero con menos se dice más. Equilibrio entre exceso y austeridad, tanto código decorado y visual puede servir de marco a la belleza natural.

Ultimo tono, el muscular. Hermosas piernas que bien vale mostrar. Bueno, sé por experiencia que en temporada de montaje los moretones de los ensayos no son de lo más sexy. Desde hace mucho, por las bailarinas de Degas que masajean sus pies atrofiados de hacer puntas, conocemos los tormentos que exige la técnica clásica, hermosa y tenaz. Existen por fortuna otros ritmos y métodos más amables y abiertos a gozar. ☺



Yaira, bailarina

Antimateria



Passport to the Universe APROVECHE QUE NO EXIGEN VISA

Después de varios años de permanecer cerrado y en silencio, el Planetario de Medellín abre de nuevo sus puertas para entregarle al visitante un pasaporte al universo. Y Passport to the Universe, se llama justamente la plataforma digital y multimedia que, en el nuevo domo, dará una extraña sensación de inmersión hacia arriba, por lo que es recomendable, en caso de mareo, usar las manos para impedir la visión lateral. Y no se preocupe. Los astronautas también sienten náuseas.

La pantalla del domo, fabricada en aluminio microperforado, sin pliegues visibles; dos proyectores JVC de alta resolución utilizados en simuladores de vuelo, con 16 millones de píxeles, más un sistema de sonido de siete canales, remplacez al viejo proyector optomecánico, que

seguirá exhibiéndose en el primer nivel, como una muestra del ingenio humano, capaz de fabricar artefactos que delineaban un mapa bastante preciso de las 90 mil estrellas visibles hasta mediados del siglo pasado, a punta de huequitos, cual un sofisticado rallador de arepas y a su vez teatrino de sombras chinescas, que se reflejaban en un domo celeste artificial, mediante el raro artilugio de unos prosaicos bombillos.

Passport to the Universe, equipada con los últimos avances tecnológicos en video y simulaciones digitales, se alimenta de observaciones directas de telescopios, sondas y otros instrumentos usados por el hombre para la exploración de nuestro Sistema Solar en los últimos años, y presenta una muy vívida recreación virtual del resto del Universo, una recreación con alto rigor científico, basada en observaciones colectadas

por la NASA, de la Agencia Espacial Europea y del vademécum del Museo Americano de Historia Natural, que reúne y clasifica más de dos mil millones de estrellas.

Enhorabuena por la ciencia, tan olvidada y tan ausente por estos lares, tan necesaria para entender que, en esencia, el ser humano está hecho de hidrógeno, oxígeno, calcio, hierro, fósforo, elementos que no abundan en el universo sino que son fabricados por las estrellas que vemos tan distantes, los únicos hornos capaces de hacer realidad el sueño de los alquimistas, y convertir el hidrógeno en helio, el helio en litio y en berilio y así, sumando electrones y protones, hasta convertir el platino en oro.

Parodiando a Carl Sagan, hasta en nuestras más mezquinas ambiciones, somos polvo de estrellas. ☺

El tango es un pensamiento triste que se baila.
Enrique Santos Discépolo

Calle 53 No 43-59 Maracaibo
Tel. 239-3580



Calle 27 Sur N° 43A - 61
Teléfono: 448 24 04
www.otraparte.org
Horario de atención:
3:00 p.m. - 11:00 p.m.

LA LIBRERÍA DE OTRAPARTE

El Túnel Café & Cocina

Gastronomía, evocación y solaz en un mismo sitio

Carrera 42 N° 54-61 (Córdova con Perú) Tel 239 6536



Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros
Tel. 321640 2928 - 260 2300
patfuenmayor@hotmail.com

Crónica verde

El bueno de Pepe

Hace unos días apareció el informe anual de Naciones Unidas sobre consumo de drogas ilícitas en el mundo. La marihuana sigue siendo líder. Entre 119 y 224 millones de personas dicen haberla fumado en el último año. Cada vez más usuarios acceden de una manera legal: bien sea con los carnés médicos, los clubes de consumo o las leyes que amparan la posibilidad de una dosis mínima.

Sin embargo, en ninguna parte del mundo se vende marihuana de manera abierta y libre. Tal vez sea California el lugar donde más fácil se accede a un porro de manera legal. Pero todavía hace falta que un médico avale tus deseos de un poco de humo y tranquilidad. El gobierno de Uruguay, un país perfecto para los experimentos, acaba de manifestar su deseo de ser pionero en la legalización definitiva de la hierba. Un plan de 15 puntos para combatir el delito contempla la posibilidad de que el Estado abra centros de distribución de la Mona para los 150.000 consumidores que se

estima hay el país. Todavía no se define si sería el mismo gobierno el encargado de la siembra o si se dejaría el trabajo a agricultores privados. Sería interesante sin duda ver al presidente Pepe Mujica trabajando una chacra dedicada totalmente a la siembra de cannabis. Lo imagino agachado bajo un gran sombrero, revisando los cogollos mientras su perra Manuela, una criolla vieja y coja, le olisquea los tobillos.

El gobierno aún no presenta un proyecto formal y ya han brincado enemigos desde casi todas las orillas. El director de la agencia de la ONU para las drogas, Yuri Fedotov, advirtió que la legalización en Uruguay violaría las convenciones sobre estupefacientes que el país ha firmado. Las encuestas de opinión hablan de un rechazo a la medida del 60% de la población. Solo entre los jóvenes (16 a 27 años) el proyecto tiene un apoyo mayoritario, aunque llega apenas al 51%. Por supuesto los opositores políticos han lanzado gritos al cielo señalando los peligros y las contradicciones de

un "Estado narcotraficante". Valdría la pena decir que tal vez sea mejor hacerlo abiertamente y no dejar el negocio para algunos militares, policías y políticos en la oscuridad.

También entre partidarios de Mujica y amigos de la Moña se ha presentado algún descontento. Antes de la propuesta del gobierno avanzaba en el Congreso una ley de autocultivo que permitía a los Uruguayos la siembra de hasta de 8 matas para consumo personal. Para muchos la nueva idea deja el proyecto de ley en un limbo y es posible que el ruido político acabe por archivar la audacia del gobierno y por hundir el paso más modesto de legalizar las huertas caseras.

Pero lo que nadie puede decirles al buen Pepe y a su gabinete es que están improvisando y que no han hecho bien las cuentas. Mujica ha parqueado su tractor rojo al pie de su Volkswagen azul y ha soldado sus cuentas sencillas de agricultor: son 150.000 consumidores, a un promedio de gramo y medio por día, significa que habría que produ-

cir más o menos 81.000 kilos cada año. Eso se siembra con holgura en 64 hectáreas. Y la cosecha al menudeo puede dejar nada más y nada menos que 53 millones de euros. Cualquiera se anima con esos números. Y mucho más cuando Uruguay recibe casi toda la marihuana que consume de su coloso del Norte, Paraguay, que es el segundo productor mundial de hierba después de Marruecos. Es necesario sacudirse a las mafias y a la Ganja paraguaya que deja mucho que desear, pensará Mujica.

Por lo pronto, el 8.3% de los uruguayos que dicen haber dado unos plones en los últimos 12 meses, sueña con ir a comprar su paquetito empacado bajo la bandera celeste de la República Oriental. El gobierno dice que tomaría un registro y entregaría máximo 40 calillos frondosos por persona cada mes. Si así fuera, el gran Pepe merecería una variedad a su nombre para una traba sencilla, contemplativa, dormilona.



Bocas de ceniza por CAMILO JIMÉNEZ



Los primeros pasos

Ciego de nieve es un reportaje soberbio. Cuenta con minucia y elegancia la historia de un traficante menor de cocaína en los setenta. Los primeros pasos del negocio. Cómo arma la red, cómo consigue sus primeros gramos en Colombia, cómo los distribuye en Manhattan y cómo va aumentando la apuesta pero sin arriesgarse nunca más de lo necesario. Zachary Swan, el protagonista, es un yuppie emprendedor que aplica toda su suspicacia y agudeza al negocio de llevar coca a Estados Unidos de las maneras más creativas y seguras. Y corona. Durante un tiempo es el rey del barrio, y no adelanto más para no arruinar la historia. Pero lo mejor de este reportaje es su prosa brillante y desenfadada. La manera en que pinta las escenas, como describe a sus personajes, como va tejiendo con todas las armas una trama que lo agarra a uno de la pretina del pantalón y no lo suelta. No más adulación: aquí va una prueba de este plato succulento de prosa periodística.

"La boda de Swan en 1958 no era en absoluto necesaria, pero fue sin duda todo un acontecimiento social. Su mujer, Yvonne, era la primera modelo de Norman Norell. Fue el propio Norell quien diseñó el traje de la novia y quien proporcionó las damas de honor. Fue una boda muy lujosa. El banquete se prolongó infinitamente. El matrimonio duró cuatro meses".

"No había nadie en el Hemisferio Occidental mejor que Uta Dietriche para las relaciones públicas. Por mucho que te esforzaras, jamás había nada a la vista que diese más gusto mirar. Te dejaba noqueado... cuando ella pasaba, a los viejos se les saltaban las lágrimas".

"Michel Bernier encarnaba todas esas características individuales que los norteamericanos detestaban en un hombre: era francés".

"Había heredado la boca suelta, las mejillas hundidas y los labios abultados que permiten a los franceses manejar su idioma".

"Apareció un intruso a lo lejos. Un corredor de paso ligero. Se aproximó moviéndose a ritmo regular bordeando el agua, la cara roja, la respiración regular, el cuerpo empapado en sudor y de gloria, irradiando esa fe infinita, tan norteamericana, en los beneficios cardiovasculares de la incomodidad".

"En Colombia, las cárceles son exactamente como te las imaginas. Si sobrevives a las ratas, a los piojos y a la disentería, tendrás que luchar contra los guardias".

"Bogotá es una ciudad sucia, atestada de golfillos callejeros y perros hambrientos; 1.180 millas cuadradas de aire montañés contaminado y desoxigenado, más fresco durante todo el año que las zonas turísticas costeras del norte."

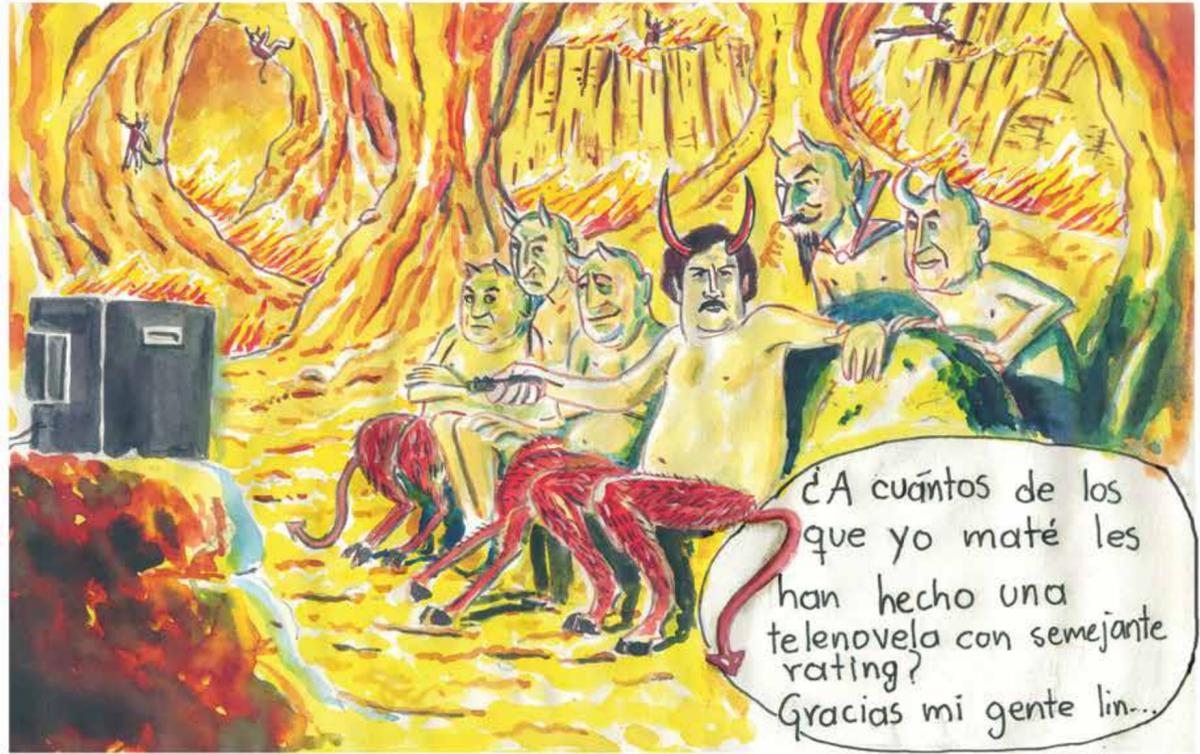
"Las calles de Bogotá reflejan, en su trazado, el respeto de la población por el terreno sobre el que la ciudad creció (las carreras corren paralelas a las montañas, las calles perpendiculares, en dirección este-oeste) y los planos de la ciudad reflejan un consecuente menosprecio de las tradiciones cartográficas del resto del mundo: el norte polar queda a la izquierda".

"Vincent van Klee era delgado y rico. Su ropa y sus modales le sentaban bien. No era ni alto ni joven, pero se comportaba como si fuera ambas cosas, y, al igual que muchos aristócratas colombianos, era desvergonzadamente europeo".

"Le acompañaban dos mujeres embriagadoras y esculturales ataviadas con vestidos de noche de satén que le entre-lazaban estilo París a media noche. Ambas iban envueltas en piel de zorro. Daba gusto mirarlas. Si eran putas, tenían que ser caras. No se ajustaban a los imperativos del respeto".

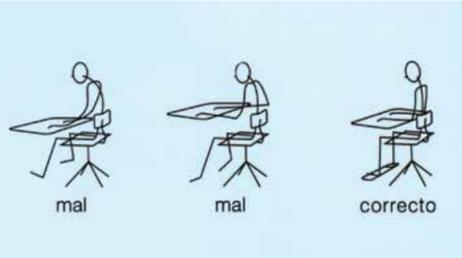


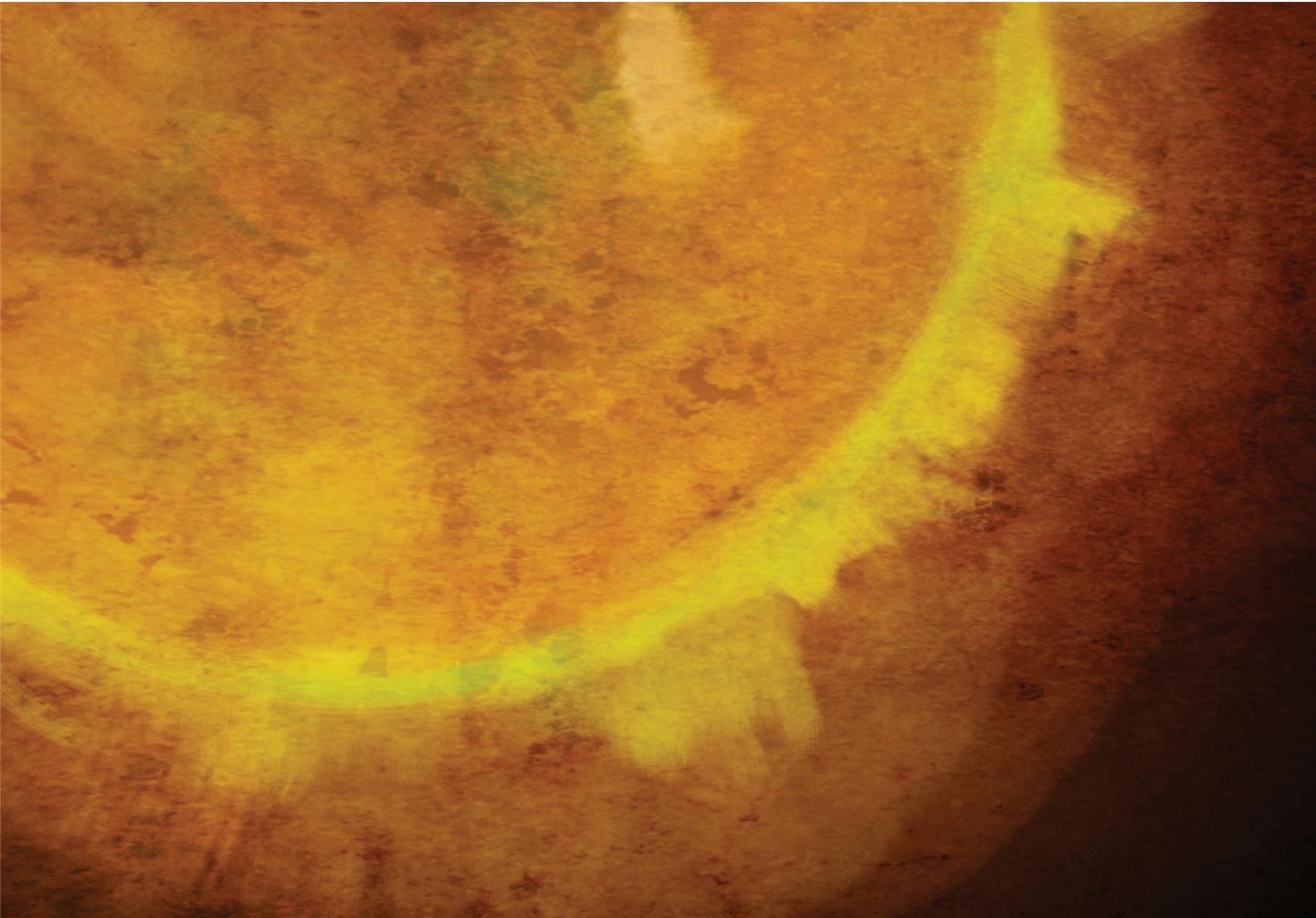
Robert Sabbag, Ciego de nieve. Traficando con cocaína, Barcelona, Anagrama, 1981. Traducción de J. M. Álvarez-Flores y Ángela Pérez.



andrea katic kurk fisioterapeuta

Clinica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301 tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatic@une.net.co





**EL SOL QUE VEMOS
ES EL QUE FUE
HACE 8 MINUTOS**
Lo que viste ya pasó

PLANETARIO DE MEDELLÍN